

GLOSARIO HISTORICO DEL TERMINO TURISMO

Por
Luis Lavaur

Si para comenzar por algún lado partimos del principio de que es turista, en rigurosa puridad, quien ausentándose temporalmente de su residencia habitual traspasa las fronteras de su propio país, sin que su desplazamiento obedezca a causa extrínseca de fuerza mayor, salta a la vista entonces que el turismo no fue al principio el verbo ni mucho menos, sino que, por el contrario, se trata de una actividad humana considerablemente más vetusta que el joven neologismo, que, como estamos viendo, la denomina hoy de manera punto menos que universal.

Turismo "avant la lettre".

El antecedente semántico español del término turismo, que incluso precedió al "viajar" —el pobre, tan genérico e indiferenciado—, fue el verbo peregrinar, acto de cuya ejecución se encargó por mucho tiempo su sujeto agente, el peregrino.

Ambos vienen de "peregrator", voz, por supuesto, latina y de buena ley, que, a su vez, procede de "peregrari", que simplemente significó pasar por tierras o regiones. Es interesante observar que el matiz transeúnte adscrito al peregrino lo subraya el Derecho Romano al acuñar el término "peregrini", que calificó a los infortunados seres de paso por la metrópoli que no eran "cives Romanus", es decir, los extranjeros, y dos siglos y medio antes de J. C., le fue necesario a Roma designar un segundo pretor, el "praetor peregrinus", cuya función específica era dirimir litigios suscitados entre los numerosos "peregrini" residentes temporalmente en la ciudad.

Atañe de mucho más cerca a lo que queremos poner de relieve un acontecimiento, prácticamente ignorado, sucedido en Salamanca en

1939, al formularse por vez primera en la historia del derecho, y con toda claridad, el derecho a viajar por otros países. Se trata del "ius peregrinandi" definido con magistral laconismo por el padre Francisco de Vitoria en la tercera reelección de sus insignes "De Indiis" (1). El sabio dominico en aquella memorable ocasión manipula el concepto de "peregrinus" en función de viajero extranjero, calificación frecuentemente adscrita al turista por los que no lo son, coincidencia que subraya el parentesco conceptual que efectivamente existe entre ambos términos.

Aunque "viaje", como aseguran los detallistas diccionarios que en estas cuestiones tienen la palabra, no provenga de "viator", andante o caminante, sino de "viagium", un derivado bastante espúreo y tardío de "viaticum", o procesión que se llevó para el viaje, el hecho en nada estorba a esta última palabra para constituir uno de los numerosos galicismos que allá por el siglo XIII, y muy a la retaguardia de los de Cluny, anidó discretamente en el entonces hospitalario castellano.

Por esta razón, y a pesar de lo poco sedentario de su existir, ni el Cid ni sus huestes "viajan" todavía en el Poema. Tampoco lo hace mediado el siglo XIV el Arcipreste de Hita, aunque al impulsarlas el hedonismo y la pura curiosidad difícil será descartarles de plano el móvil turístico a sus andanzas. No obstante, al elusivo juglar le bastan y sobran los verbos ir, venir y visitar para participárnoslas con su inimitable desenfado.

Lo cierto es que los muchos españoles que lo venían haciendo tuvieron que esperar al XVII para "viajar" en lingüística propiedad. En cambio, pudo hacerlo en el siglo XIII el Santo Rey Luis de Francia, quien deseaba emprender "le saint voyage d'outremer", manera extremadamente eufemística de aludir a las Cruzadas.

Cosas bastantes parecidas suceden en el inglés, idioma que además de "trip" y "journey", de "journée", naturalmente, dispone el término más privativo de "travel", en el que concurre la significativa circunstancia de derivar de "travail". Este áspero matiz quiso indudablemente subrayar ante la mente del lector el caballero inglés que en el siglo XIV redactó una especie de Guía para el viaje a Tierra Santa, con el título "Mandeville's Voiage and Travaile", por cierto, la primera obra en prosa existente en lengua inglesa, típicamente, una de viajes (como

(1) LUIS LAVAUUR: *Acotaciones marginales al Reglamento Español de Agencias de Viajes*. "Piel de España". Madrid. Mayo de 1963.

en consonancia con su título lo son igualmente “Los Trabajos de Persiles y Sigismunda”), cuya popularidad queda reflejada por el abundante número de códices que de ella se conservan.

Cruz y cara del peregrino.

Volviendo a los peregrinos y al peregrinar, y una vez reconocida la índole un tanto cultiparlante de ambos vocablos, el caso es que desde un punto de vista semántico los dos se aproximan mucho al concepto que estamos filológicamente auscultando, como lo prueba Saavedra Fajardo al elogiar “la peregrinación, maestra de la prudencia”. Rectamente usados tanto el peregrinar como el turismo son expresiones que se refieren de manera específica al viajar por viajar, es decir, por el gusto de conocer cosas y lugares peregrinos; interesantes o curiosos que decimos hoy. Así lo entiende San Isidoro en el libro décimo de sus “Etimologías” al definir laicamente al “peregrinus” como “el que viaja por tierras extrañas” y justamente en este sentido y con su acierto habitual tituló Lope su obra *El Peregrino en su patria*. Que el uso no constituía la menor innovación lo atestigua que bajo el rótulo de “El Pelegrino curioso” (2), circuló por aquella época un texto singular, que imitando desde bastante cerca a “Il Pellegrino”, de Pietro della Valle, vino a ser una especie de proto-Baedeker español, extremadamente receptivo a toda clase de leyendas y consejas locales.

No está de más insistir en que el vocablo peregrino careció originalmente de la connotación religiosa que adquiere en la Edad Media y que todavía conserva. En buen castellano —en latín es otro cantar— el viaje religioso era práctica reservada en exclusiva al romero, sin que ello quiera decir que para merecer la calificación, y forzado por la etimología, cosa que es muy poco a lo que fuerza, el romero tuviera que encaminarse a Roma; por ejemplo, romeros fueron y de romería iban, quienes terminaron por hacer de Santiago la gloria arquitectónica que es hoy.

Por obvia, casi da reparo indicar que la razón de la deslaificación del término peregrino obedece a que en el medievo todo gira “sub-specie religionis”, y es difícil concebir un viaje para ver el mundo de entonces sin que jalonasen sus etapas visitas a iglesias, templos, ermitas,

(2) *El Pelegrino curioso y grandeza de España* (1577), por El Doncel de Xerica (Don Bartolomé de Villalba y Estaña).

monasterios y santuarios, que además de su atractivo intrínseco, proporcionaban al curioso, alimento y hospedaje muchas veces gratuito. Tampoco pudo dejar de contribuir a un florecimiento de la modalidad, frecuentemente abusiva, el que los peregrinos estuvieran exentos de la lluvia de gabelas que el viajero que no presumía de serlo tuvo que pagar al pasar puentes, vados y al entrar y salir de más de una población.

Lo malo es que tanto cañazo al ave de paso de buena fe produjo que bajo camuflaje religioso prolifera una fauna pseudoperegrina por cuenta del prójimo que constituyó una plaga itinerante sumamente gravosa, que tal vez algún ingenuo de nuestros días también clasificaría como turismo social. No la vieron así los lúcidos ojos de nuestra máxima autoridad en materia de turismo hispano por carretera de la época, quien nos facilita valiosas informaciones acerca de esta manera parasitaria de viajar, profusamente practicada entonces por nacionales y extranjeros.

Irradia gracejo del bueno la pluma socarrona de Cervantes cuando seis leguas más acá de Talavera, y camino de Guadalupe a Toledo, describe cómo algunos protagonistas del "Persiles" dan alcance "a una peregrina, tan peregrina, que iba sola".

La intrépida caminante, además de madura, es francamente comunicativa y resultan de alto interés sus confidencias profesionales, comprensivas del apretado calendario turístico que sirve de brújula a su gorrón deambular:

"Mi peregrinación es la que usan algunos peregrinos, quiero decir, que siempre es la que más cerca le viene a cuento para disculpar su ociosidad; y así me parece que será bien deciros que por ahora voy a la gran ciudad de Toledo a visitar a la devota imagen del Sagrario, y desde allí me irá al Niño de La Guardia, y dando una punta, como alcón noruego, me entretendré con la Santa Verónica de Jaén hasta hacer tiempo de que llegue el último domingo de abril, en cuyo día se celebra, en las entrañas de Sierra Morena, tres leguas de la ciudad de Andújar, la fiesta de Nuestra Señora de la Cabeza" (3).

Otra referencia al mismo tipo de falta de escrúpulos la tenemos en el mismísimo Quijote, textos que sin perjuicio de cuantas cosas bue-

(3) *Persiles y Segismunda*. Cap. VI, Libro III.

nas de él merecidamente se dicen, es además un estupendo libro de viajes (4).

Un vocablo, trajinante.

Confiamos en que lo hasta ahora desempolvado nos permita atajar camino arrancando de la suficientemente firme premisa de que el vocablo turismo es simplemente una etiqueta verbal, que desde no hace mucho, califica un acto social casi tan viejo como el mundo, practicado bajo nombres y modalidades de extrema diversidad.

Sabemos también que en el plano etimológico, *turismo* es un derivado de "tour", y que es en Inglaterra donde aplicado a viajes iniciados para finalizar en el punto de partida, hace su aparición el término. Base suficiente para que nada más que a modo de teorema que reclama su inmediata demostración, englobemos definitivamente a los ingredientes semánticos componentes del turismo en la papeleta filológica siguiente: galicismo inglés, oriundo de Normandía, que retrasplantando a Francia, no muy entrado el siglo XIX, terminó propagándose desde allí al resto del mundo.

Para sustanciar nuestra tesis es preciso determinar los cuándo, cómo y por qué de estos desplazamientos lingüísticos en lanzadera, tarea que supone realizar un viaje por las entretelas históricas del turismo. Que es exactamente lo que nos hemos propuesto.

Anglia peregrina.

Partiremos de Inglaterra porque es allí de donde también partieron los primeros "tours" conocidos. No carece de lógica la primacía, pues no cabe duda, ya que hechos cantan, la irresistible presión del nîsus migratorio británico, que de manera ostensible y constante desparrama por la faz de la tierra a los ingleses, inventores del confort e inquilinos inquietos de una, por naturaleza, no demasiado confortable isla. Tipos excepcionales de geografía producen en sus pobladores tipos excepcionales de actividad. Por este motivo, no tiene nada de accidental, que tan pronto se registraron circunstancias estimulantes tuvieran allí lugar los primeros ensayos sistemáticos de industrialización del viaje, así como la fragua de un gran Imperio colonial en

(4) *Quijote*, Parte II, Cap. LIV.

latitudes dispares y remotas, pero sólidamente apoyado sobre un sistema adecuado de transporte.

Por otra parte, y por mor también de esas complicadas razones de la sinrazón que laten bajo la superficie de todo lo genuinamente inglés, tampoco es en su particularísimo caso del todo anómalo que el país del que venimos hablando vaya a ser el último donde de manera mínima se lleve a cabo algún día la ordenación legal de una actividad tan típicamente inglesa como es el turismo, paradoja que integra la clase de lujos que puede permitirse el pueblo que inventó el sistema político constitucional sin tomarse la molestia de redactarse ni una sola Constitución.

Hay, sin embargo, un fenómeno más fácil de explicar y menos difícil de comprender. Que reglamentadas o no las actividades relacionadas con la salida del país para curiosear lo ajeno, tenía que ser precisamente allí, donde impera un clima propicio a inspirar deseos de marcharse de donde se está, donde se registraría el brote y arraigo consiguiente de un nombre genérico, que, con sus derivados, nacería predestinado a calificar por casi todo el planeta a todo dispositivo relacionado con viajes emprendidos sin necesidad ineludible de hacerlo.

Genealogía del "tour".

Al buscarle su semilla primigenia a una palabra que va a tener nos ocupados por bastante tiempo, se observa en seguida que vamos a habérnoslas con uno de los muchos casos en que las apariencias engañan. La verdadera raíz de "tour" resulta ser el vocablo francés "tor", alusivo a movimientos que retornan, y con el que cosas como el torno de nuestros conventos y talleres, derivados directamente del latín, carecen en absoluto de parentesco. La voz "tor" es hoy un arcaísmo totalmente en desuso, pero que no lo era cuando en compañía de otros muchos vocablos del país vecino se trasladó a suelo inglés a lomos de aquella caballería normanda de Guillermo el Conquistador, que con facilidad suma hizo polvo a la infantería inglesa que intentó cortarle el paso hacia Londres en la batalla de Hastings (1066).

Como se recordará, las consecuencias de aquel Guadalete insular fueron poco menos que catastróficas para los ingleses, especialmente si las consideramos desde un punto de vista británico. Por mucho

tiempo, los vencidos tuvieron que vivir en su propia casa bajo dominio normando, a modo de una versión anglosajona de nuestros mozárabes.

Una de las resultantes lingüísticas de tan incómoda situación— “le Roy le veult”— es que el idioma francés se convirtió en el idioma de la corte, de la aristocracia y de las clases dominantes y educadas de Inglaterra, hasta el punto de que no bromean ni exageran los manuales de literatura inglesa cuando dicen que en aquellos tiempos el idioma vernáculo desapareció totalmente en su forma escrita.

Pero “Honni soit qui mal y pense”— sin desaparecer del todo, No en vano la historia del pueblo británico, como en la trama reiterativa de un “western” convencional, consiste en un estribillo de derrotas que a última hora corona una victoria final que se encarga de dejar las cosas —“rebus sic stantibus”— aproximadamente como estaban. No fue excepción el caso que evocamos. Cuatro siglos más tarde, en el siglo xiv, para ser precisos, emergería de nuevo el idioma inglés o anglosajón, como un Guadiana lingüístico. Pero no importante. En su caudal, y emulsionada en él para siempre, transitaría una dosis fabulosa del lenguaje de sus vencedores normandos.

Entre otros, recuerda este fenómeno un texto del filólogo de Harvard, doctor James Broadstreet, quien sin pretensiones de descubrir ningún Mediterráneo, señala un hecho obvio al advertir: “Modern English contains thousands of Franch words; we can hardly utter a sentence without using one”, con lo que de paso, y en su brevisima frase, halla sitio suficiente el profesor para facilitar cumplida demostración de lo que asevera, pues más de la mitad de las palabras que componen su afirmación son de abolengo francés.

Podría complementarse la observación añadiendo que en general, y fieles a su estirpe, las palabras francesas asimiladas por el inglés aún acusan fuerte tendencia hacia lo refinado, lo lujoso, lo aristocrático y lo cultural, a diferencia de sus sinónimos ingleses, que generalmente les precedieron, distinguidos por estar preferentemente orientados en lo semántico hacia lo directo, lo crudo y lo elemental.

Aún es fácil de apreciar cual de los dos es el matiz que concurre en el término que nos ocupa, el turismo, habiéndole sucedido lo que al acto que califica, el cual, y hasta no muy lejanas fechas, y mientras su ejercicio fue primordialmente resultante de una síntesis, en dosis variables, de cultura, ocio y riqueza, pudo mantener como

hecho social el signo selecto y minoritario que le fue consustancial en el momento de su aparición.

El viaje del barroco.

Si hemos conseguido interpretar rectamente los datos que barajamos, es en el siglo XVII cuando en inglés la palabra "tour" comienza a ser aplicada al viaje, o mejor dicho, a determinada especie de viajes.

Como su nieta, la romántica, la barroca es una época enfática, exuberante y centrífuga, apta por lo tanto al desarrollo del viaje novelero, ampuloso y teatral. El Madrid de los Austrias sirvió de etapa memorable para un notable ejemplo del viaje británico de este estilo. Comenzó la cosa en una noche de marzo de 1623, en la que dos jóvenes ingleses, que, como sus pasaportes, aseguraban apellidarse Smith, llamaron a la puerta de la embajada de su país en la villa y corte. El sobresalto que al enterarse de la verdadera identidad de sus inesperados visitantes se llevó el señor embajador, el conde de Bristol, fue de los de infarto de miocardio. El caso no fue para menos. Uno de los viajeros era el marqués de Buckingham, gran Almirante de Inglaterra. El otro joven, Carlos de nombre, era nieto de María Estuardo, príncipe de Gales, y, por consiguiente, heredero de la corona inglesa. Fue una pena que tras ceñir con ella sus sienes, no mucho después de este viaje, terminara perdiéndola de mala manera en un caldoso de Londres, al mismo tiempo que su cabeza.

Claro está que lo típico del viaje barroco a la inglesa no consistió exactamente en que personas de sangre real entraran en nuestro país bajo nombres supuestos para complicarles la vida a los embajadores. Entre otras razones, porque una de las características más salientes del viaje turístico anglicano de la época fue esquivar como gato escaldado la España inquisitorial y de la Armada.

Bien mirado no era para tanto, porque el "status" confesional del protestante de paso por España estaba garantizado y claramente definido por medio de las instrucciones reservadas que la propia Inquisición cursaba a sus agentes. Eran vigilados, pero sin molestarles en lo más mínimo a menos que les diera por proselitizar, o, para decirlo todo, que a algún celoso compatriota nuestro se le metiera en la testa que lo estaba haciendo, sospecha en que a veces incurrieron, aquí,

en Italia y en Portugal, más de uno de los "tutores" de quienes luego hablaremos.

Aunque hasta el siglo XIX no fuera nuestro país especialmente frecuentado por el curioso visitante foráneo, hay referencias coetáneas y bastante expresivas ya de cierta notoriedad turística del pueblo inglés en la España de Cervantes:

"En Lisboa —dice un personaje del "Persiles"— me embarqué en un anave que estaba con la vela en alto para partirse en Inglaterra, en la cual iban algunos caballeros ingleses que habían venido, llevados de su curiosidad, de ver a España, y habiéndola visto toda, o por lo menos, las mayores ciudades della, se volvían a su patria" (5).

Por otra parte, son rarísimas las evidencias textuales expresivas de que en los lugares visitados existiera conciencia del beneficio económico obtenible de esta rentable manifestación de la curiosidad humana, eximiéndonos de extrañeza el recuerdo de la invidencia padecida en este respecto, y hasta hace muy poco, por la mayoría de nuestros economistas, sumamente remolones en decidirse a identificar lo que finalmente iba a nivelarles sus descabaladas balanzas de pagos.

En este crematístico sentido casi constituyen excepción las observaciones de un sagaz aventurero milanés, que refugiado en Holanda, escribió sendas biografías de Cromwell y del Duque de Osuna, plétticas de reminiscencias. Al referirse en la primera de ellas a fenómeno tan permanente como es la presencia de visitantes extranjeros en Roma, dice así:

"Los franceses viajan ordinariamente para ahorrar, de modo que llevan a veces más daño que provecho a los lugares en que se alojan. Los ingleses, al contrario, salen de Inglaterra con buenas letras de cambio, con un hermoso tren y un gran séquito y hacen magníficos dispendios. Se cuenta que sólo en la ciudad de Roma hay de ordinario más de cincuenta caballeros ingleses, siempre con criados a su costa, y que en total gastan cada uno por lo menos dos mil escudos al año; de modo que sólo la ciudad de Roma saca todos los años de Inglaterra más de treinta mil pistolas efectivas" (6).

Procede anotar que a diferencia de nuestros tiempos, en aquellos de que hablamos la fruición del viaje en sí, la diversión, la cambiante

(5) Libro I, Cap. V.

(6) GREGORIO LETI: *Historia e Memorie sopra la vita di O. Cromwell*. (Amsterdam, 1692).

amenidad de climas propicios y demás hedonistas etcéteras, no fueron ingredientes importantes e nel turismo de la época. Ni siquiera lo fue el saboreo visual del espléndido acervo artístico y monumental de los países recorridos, motivo tan prominente en los viajes del siglo siguiente. En arte, sólo lo "raro" y lo descomunal llamó su atención y sus juicios de valor ante las obras contempladas adoptan una modalidad interjeccional, que en materia de goce estético es muy poco lo que revela aparte de asombro.

Abundantes textos conservados sobre el particular, testimonian que los deleites del viaje barroco se manifestaron a muy humano nivel y expresados primordialmente a través de una fuerte curiosidad costumbrista por lo bizarro y lo ajeno. Pero en cuanto a su motivación esencial, contribuye a identificarla la estrecha afinidad, que si se mira bien se descubre entre el impulso motriz de aquellas idas y venidas y el punzante aguijón de una y otra vez impulsaba a Don Quijote a echarse al camino, matiz éste posiblemente susceptible de sus traer un tanto de excentricidad en la conducta del caballero y no muy perceptible quizá para la retina de nuestros días.

Es más que evidente que lo que de manera reiterada catapultaba a Don Quijote por trochas y senderos, fue lo soberanamente que el Ingeniosa Hidalgo se aburría en su lugar de la Mancha. Nada como la peripecia del viaje como antídoto natural contra el hastío. Tal es el imán irresistible hacia el que los insignes jinetes enfilan su rumbo camino de Puerto Lápice "lugar muy pasagero"; —"porque allí, decía Don Quixote, no era posible dexar de hallarse muchas y diversas aventuras". Por eso también, cuando en el Capítulo XX de la primera parte, al son de unos batanes que golpean invisibles en la noche, explícale a Sancho el andariego caballero, que aquellos estruendos "son incentivos y despertadores de mi ánimo que ya hace que el corazón me reviente en el pecho, con el deseo de acometer esta aventura", Don Quijote se expresa en un lenguaje perfectamente inteligible para los caballeros andantes del barroco.

Porque para el auténtico viajero de aquella viajera época, el viaje consistió esencialmente en una aventura. Y una aventura, que más que peligros, implicó comodidades sin cuento y gastos cuantiosos.

El "Grand Tour".

A principios del xvii, las clases pudientes británicas comienzan a enviar sus hijos varones a Europa, como parte integrante de su educación pero en pos de una educación "more britannica", es decir, un acto bastante más orientado a robustecer la experiencia y el carácter del sujeto que a enriquecer su intelecto.

En este sentido, y no en uno pedagógico, entendió y preconizó el viaje con su enorme influencia Sir Francis Bacon, en su ensayo "On Travel" al escribir: "Travel, in the younger set, is a part of education; in the elder, a part of experience", enumerando así la fórmula psicológica del "tour" genérico y a secas, un simple experimento en sus inicios, que a mediados de la misma centuria se convierte en moda o costumbre, y seguidamente en un sistema establecido.

Fue un turismo radicalmente de casta, consistente por lo común en un despacioso recorrido del continente realizado por hijos jóvenes de familias nobles o acaudaladas, cuyos padres les enviaron de gira bajo presuntos motivos educativos, más o menos entreverados de un sí es no es de esnobría.

Como en todo acto social en su divulgación, jugó no poca parte el factor mimético, ingrediente que rara vez deja de hacer acto de presencia, y muy destacada por lo general, entre el conjunto de motivaciones psicológicas que incitan al turismo, y malo será que quienes se dedican a su promoción olviden el poder de la fuerza que impulsa a la gente a imitar la forma en que el vecino gasta su dinero.

Demostó tener conciencia bastante clara de esta circunstancia uno de los primeros "touristas" de la época, el poeta sir Philip Sidney, cuando al escribir a su hermano desde el extranjero, en 1572, le decía: "La mayoría de nosotros no tenemos ni idea por qué hemos salido de viaje, de no ser a causa de cierto cosquilleante capricho de hacer lo mismo que otros", o como él realmente dice, "certain tickling humour to do as other men had done". Es a partir de este momento de madurez en que como un ritual, o un deporte reglamentado para gente bien, se instituye en Inglaterra el "Grand Tour" (7).

(7) Insistimos en que hasta el XIX el término "tour", ciertamente indispensable para denominar, en vernáculo y en femenino, las partes más esbeltas y sobresalientes de templos y fortalezas del país, no tuvo en Francia significado turístico. Es muy cierto, en cambio, que en el lenguaje usado por las mamás francesas con sus pequeños, existió el "grand tour", así como el "petit tour". Pero fueron expresiones verbales cuyas exactas equivalencias las tenemos en el

Obediente a la acreditada costumbre turística de seguir los pasos del predecesor, la gran excursión estratificó su itinerario desde el primer momento, y salvo pocas excepciones, consistió en recorrer, con cierto método y sin premuras, las zonas menos ásperas y más trilladas de Francia, Alemania, Italia y los Países Bajos y la endemia bélica de la época influyó en su trayectoria mucho menos de lo que a primera vista y mirando hacia atrás con mentalidad contemporánea podríamos suponer.

Lo normal fue que el joven inglés que lo embarcaran en su "tour" le acompañara un preceptor, "the tutor", vago antecedente del actual Guías-Correo. En esta capacidad, y acompañando al hijo de Sir Walter Raleigh, recorrió el continente el célebre dramaturgo Ben Jonson. Vástago de familia acaudalada, fueron distintas y mucho mejores las condiciones en que en 1638, tras graduarse en Cambridge, realizó Milton su extenso recorrido por Italia, diferencia que se acusa perfectamente en la obra respectiva de ambos autores.

El "tutor" tenía que ser hombre preferiblemente perito en lenguas, aunque a veces inspire dudas el grado real de su poliglotismo. Lo cierto es que da mucho que pensar en este orden de sapiencia la lectura de la curiosa relación de frases útiles en indígena que al final de la descripción de cada país figura en la "Guía" publicada por uno de estos expertos. Aparte de que las fronteras lingüísticas europeas aparecen muy poco definidas en este manual, denota ambivalencia excesiva por parte del autor, Andrew Boorde, su afirmación de que bastaba preguntar tanto en España como en Italia "Quo modo stat cum vostro corps"?, para que cualquier español o italiano supiera que le estaban preguntando "¿Cómo está usted?" (8).

Conocida la extrema importancia que en todo viaje adoptan las cuestiones de dinero, se comprenderá fácilmente que en cambio se prestaba poco al camelo la insoslayable necesidad de que el "tutor" fuese ducho en materia de monedas. No precisamente un numismático, sino simplemente alguien capaz de bregar con cierto éxito con cuantos problemas monetarios se planteaban al entrar y salir de villas y

elocuente par de gestos que entre nosotros hace el niño en su escuela, levantando la diestra por encima de su cabecita, precisándole al maestro el grado de su problema personal según extiende, urgente y perentorio, el dedo índice, como previniendo una pequeña catástrofe (y el que avisa no es traidor) expuesta a complicarse seriamente en el caso de que exprese su admonición acompañando al dedo índice el anular.

(8) E. S. BATES: *Touring in 1600*, (Boston, 1912).

ciudades, al franquear un río, fuera por puente, vado o barcaza, o al cruzar por las innumerables aduanas fronterizas o de "puerto seco", como la existente en la carretera de Madrid a Francia, en la linde entre Alava y Burgos, que, inconcebiblemente, perduraría molestando al viajero hasta el reinado de Isabel II. En todos estos casos y muchos más, el viajero pechaba, y era preciso regatear alcabalas, gabelas, tasas y toda suerte de exacciones, en concepto de peaje, y por si fuera poco incordio, abonarlas en monedas constantemente dispares y de valor continuamente fluctuante.

No es por eso extraño que aparte de militares, religiosos, aventureros y diplomáticos, rara fue la personalidad extranjera de nota que en el barroco visitó nuestro país. Al menos parcialmente, pudo ser causa de esta desestimación turística la detestable política económica que caracterizó a la España del Siglo de Oro, reflejada en las enormes oscilaciones sufridas por el valor de nuestra moneda, circunstancia que no dejan de consignar las guías de la época, al mencionar nuestro país. Dejando aparte la siempre estremecedora alusión a los hospedajes españoles, todas ellas rebosan consejos y prevenciones acerca de complejidades tales como el que a despecho de su denominación, fuera punto menos que imposible conesguir en España un real de a ocho, que era de plata, por otros tantos de vellón, que eran de cobre, ya que era eso precisamente lo que vellón quería decir. Por lo visto eran precisos de trece a quince, según momento y lugar.

El sistema de viajar, en general, era atrocemente complicado, y, por supuesto, caro. De seguro algo de esto le rondaba por el caletre a Shakespeare, hombre poco andariego y nunca sobrado de caudales, cuando a través de un personaje de su comedia "As you like it", exclama: "¡Un viajero!... Por vida mía que te sobran motivos para estar triste, pues me apuesto a que vendiste tus tierras para ver la de los demás".

Si se analiza la frase con cierta rigurosidad, no es difícil apreciar un tanto de desagradecimiento en el sarcasmo, pues la única explicación posible de la reiterada prevalencia de la temática italiana en las aplaudidas obras de Shakespeare, así como el haberlas podido escenificar con aceptable verosimilitud ambiental en lugares como Venecia y Verona, precisamente del norte de Italia, obedece a la familiaridad turística que de manera directa o indirecta tenía su auditorio con regiones más visitadas por el viajero inglés, que los Estados Pontificios.

De todas formas, y sin que se percatara el propio interesado, en materia de epítetos, siempre el último en enterarse, había nacido el "turista", el participante en el "tour". Aún no era más que un personaje anónimo, que divagaba por el continente europeo desprovisto de un nombre propio que le calificase y que tardaría bastante en obtener. Y para no resultar prematuros, nada digamos todavía de la institucionalización mercantil y canonización burocrática de la actividad con el nombre de "turismo", a cuya aparición primera vamos paulatinamente aproximándonos.

Psicología del "tour".

Las diferencias que separan al concepto inglés del "tour" de su coetáneo francés "le voyage", son palmarias. Una manera de apreciarlas es cotejando con cualquiera de los numerosos textos ingleses sobre el tema, la relación que de su viaje en 1582, a los balnearios de Italia y Alemania, nos dejó en su "Journal" el insigne achacoso y príncipe de los viajeros meditabundos, don Miguel de Montaigne.

Aparte de que es dudoso que antes de Montaigne exista una expresión literariamente explícita del placer en viajar, tenemos en él una mente preclara y muy subjetiva, que vive con intensidad cada instante de su peregrinación. Son las suyas notas de andar y pensar a través de un paisaje cultural distinto al suyo, pero considerando a cada nación como elemento componente de un mismo conjunto. Para el alcalde electo de Burdeos —y todavía no está eliminada del todo la posibilidad de que este viaje no fuera más que un fallido intento de esquivar un cargo codiciado por todos menos por él—, lo principal del deambular por el extranjero es conocer desde dentro los modos y las modas de las gentes de otras naciones; un "frotter et limer nostre cervelle contre celle d'aultruy". Este afán de "frotar y pulir nuestro cerebro contra el del prójimo", podrá ser acto todo lo encomiable que se quiera, pero desde luego no tiene nada de inglés. Es por ello la de Montaigne una mente continental. Y por eso resulta comprensible que el vocablo "tour", a primera vista francés si los hay en contextura y talante, en su obra, y en sentido semoviente, no tenga sitio ni razón de ser.

Por otro lado, la insularidad que en cierto modo y desde su lanzamiento inglés, denota el empleo de la palabra "tour", aplicada de

manera primordial a viajes por el extranjero, está patente en todo relato británico de ellos, y pudiera muy bien ser producto directo de la condición excéntrica de la isla respecto al continente europeo, tanto en el orden físico como en el mental.

En cada milla inglesa de jornada fuera de la isla, viaja ímplicita la idea del retorno a la base de partida, al "home" de donde se salió. La misma idea motriz que posiblemente actuó detrás de cada fase del desarrollo del Imperio Británico y que tal vez ha facilitado mucho el reciente proceso de su inocua liquidación. Una peculiaridad, que por contraste salta a la vista tan pronto comparamos su ciclo histórico con el del español, tendente este último a quemar sus naves en el instante del desembarco.

No es extraño, por esta razón, que,

"¡Adieu, Adieu! my native shore
Farewell awhile, my native Land".

exclame una y otra vez Lord Byron, turista de buena cepa, en su "Child of Harold's Pilgrimage" (1812), un Baedeker nada más que regular, compuesto en versos excelsos.

Su contrapartida espiritual queda plasmada en aquél:

"Mais les vrais voyageurs
sont ceux-là seuls que partent
pour partir..."

de la "Invitation au Voyage" de un viajero tan poco turístico como Baudelaire, pero que coincide "ad pedem litterae" con el "Pour moi, le plaisir du voyage est d'aller, et non d'arriver", de turista tan incorregible como Téofile Gautier, cuya caricatura pudiera correr a cargo de una noción nihilista del viaje expuesta por Antonio Machado, un ser de votación celtibéricamente sedentaria, que escribía en Soria, a su regreso de París:

"¡Este placer de alejarse!
Londres, Madrid, Ponferrada,
tan lindos... para marcharse,
Lo molesto es la llegada".

Indagando por la medula del "tour" inglés, de la vuelta o gira por antonomasia, se obtienen indicios suficientes para sospechar que su

verdadera culminación reside en el momento en que el viajero se reintegra al redil insular. Y justamente la idea de consumir con esa "vuelta" la parábola caprichosa del "tour" —por otra parte, su sinónima— tiende a ser la sustancia de todo el viaje británico y no meramente su episodio final, consideración capaz, tal vez, de desanudar la contradicción aparente entre la afición inglesa de viajar, con el intenso apego a su isla. Por eso, es muy posible que cuando el inglés viaja lo haga fundamentalmente como prerrequisito indispensable para poder gozar del supremo placer de volver, convirtiéndose así en una clase de turista expuesto a poder ser definido como uno que se desplaza en perpetuo regreso; que es una forma disimulada de salir sin haber salido. Lo que posiblemente explique que en compensación sea también inglés el suelo productor de las mejores cosechas de libros de viajes.

Sedentarismo hispano.

Peor explicación tiene la tibieza monumental exteriorizada hacia el viaje curioso y porque sí, por parte del español. Es cierto que en términos europeos, la dinámica del turismo a través de los tiempos proyectada sobre un mapa, se desplaza de Norte a Sur, como si se tuviera sometida a cierta ley de gravedad térmica o solar. Pero el síntoma no revela la causa del fenómeno sin que tampoco el factor económico resuelva la incógnita, pues hasta fechas muy cercanas, fueron proverbialmente evidentes las tendencias estáticas de mucho español económicamente desarrollado, residente habitual, a veces, en climas habitualmente desapacibles.

A Montesquieu ya le llamó la atención la inercia turística del español de su tiempo al indicar: "Han hecho inmensos descubrimientos en el Nuevo Mundo y desconocen todavía su propio continente. En sus ríos hay puentes que no se han descubierto aún y en sus montañas naciones que les son desconocidas" (9).

Debido a las numerosas misiones diplomáticas que desempeñó en países diversos, Saavedra Fajardo estaba en condiciones óptimas de opinar sobre la anomalía y lo hizo al ponderar "la curiosidad de las naciones septentrionales, que salen a reconocer el mundo y a apren-

(9) MONTESQUIEU: *Cartas Persas*. (Carta LXXVIII).

der las lenguas, artes y ciencias", conducta que ante sus experimentados ojos contrastaba con la de "los españoles, que con más comodidad que los demás pudieran practicar el mundo, por lo que en todas partes se extiende su monarquía y son los que más retirados están de su patria, si no es cuando las armas los sacan fuera de ellas".

En 1793, "los españoles viajan poco", observa a su paso por Italia el joven Moratín, pero dejando al mismo tiempo de observar que por elementales razones presupuestarias, no pudieron ser muchos quienes como a él les fue permitido pasearse durante cuatro años por Europa, subvencionados por Godoy. Más tarde, en 1942, el doctor Marañón pronunciaba en la Escuela de Ciencias Políticas de París una conferencia bajo el epígrafe, brillantemente desarrollado, de "El español, poco viajero" (10).

Sin embargo, hechos que seguidamente expondremos inducen a resolver que los caracteres crónicos de esta deficiencia, referidos de manera comparativa al conocimiento real de ajenas naciones, no pareció situar a nuestros antepasados en condiciones de inferioridad respecto a otros pueblos más viajeros.

Patología del turismo.

Es frecuente que en artículos y discursos se repita que los viajes internacionales incrementan el amor y el entendimiento entre los pueblos a través del conocimiento recíproco. Es comprensible que a veces haya que decir y escribir tales cosas, porque así es la vida y qué se le va a hacer. Pero lo que no se comprende con tanta facilidad es la abundancia de seres que parecen creer a pies juntillas, y de manera indiscriminada, la realidad de un estereotipo de semejante calibre y que con violencia suma desentona con hechos y situaciones inmediatamente pretéritas.

En lo que a España toca, los contactos viajeros extranjeros en el pasado con nuestro país no alumbraron precisamente excesivos mantediales de consideración y simpatía hacia nosotros en los países de origen. Para corroborarlo basta repasar los expresivos títulos de algu-

(10) GREGORIO MARAÑÓN: *Españoles fuera de España* (Colección Austral, número 710).

nos relatos del tiempo, que figuran en el indispensable catálogo de Foulché-Delbosc (11).

La obra, por tantos conceptos excelente, recopila verdaderos primores en este sentido. Doce ediciones consecutivas por lo menos mereció un volumen publicado por primera vez en 1614. Cabe sospechar que a su éxito contribuyera el que a partir de la cuarta, publicada en 1632, su autor, a un título ya largo de por sí, le añadió como ali-ciente la coletilla siguiente: "junto con las terribles torturas sufridas a manos de la Inquisición en Málaga" (12), episodio adicional y producto íntegro de la imaginación del autor, interpolado sin duda alguna para satisfacer apetencias lectoras bien conocidas de antemano.

Por su parte, "El peregrino anglo-español, nueva revelación del pa-pismo español y estratagemas jesuíticas", fue la simpática manera que para titular su relato escogió un viajero de la misma nacionalidad, que nos visitó hacia 1622 (13).

Hasta el boticario del embajador francés en España se sintió obli-gado a divulgar en letra impresa y hacia 1670 sus impresiones perso-nales sobre nuestro país. El autor se relame literalmente de gusto al explicar lo que se aburría en Madrid, nada más llegar, a su juicio, un hecho absolutamente natural "si l'on considère l'antipathie naturelle qu'il y a entre la nation espagnole et la nôtre", y el doctor Marañón, en un escrito suyo acabado de aludir, aduce la existencia de un texto probatorio de que en este período de intensas relaciones hispano-fran-cesas el sentimiento era efectivamente recíproco (14).

Pero quien en este barroco florilogio merece sin disputa el máximo galardón es el autor de un volumen anónimo aparecido en 1704, pero referido a un viaje realizado en los últimos años del siglo anterior, que ostenta esta maravilla de título: "Un viaje a España o descripción verdadera de los cómicos, caprichos, ridículas costumbres e insensa-

(11) R. FOULCHÉ-DELBOSC: *Bibliographie des voyages en Espagne et Por-tugal*. París, 1896.

(12) WILLIAM LIGHTGOW: *A most Delectable and True Discourse, of an ad-mired and painfull peregrination from Scotland, to the most famous kingdoms in Europe, together with the grievous Tortures he suffered by the Inquisition of Malaga in Spaine*.

(13) JAMES WOODSWORTH: *The English Spanish Pilgrim. A new discoverie of Spanish Popery, and Iesuitical Stratagems*.

(14) CARLOS GARCÍA: *Dissertation historique et Politique sur l'Antipathie qui se trouve entre les françois et les espagnols*. París, 1688.

tas leyes, de esas gentes holgazanas e improvidentes, los españoles" (15).

No obstante, diríase que, como vulgarmente se dice de la risa, también la aversión internacional gusta de ir por barrios. En el xvii, Baltasar Gracián, en *El criticón*, decía de España: "absolutamente es la primera nación de Europa, odiada por tan envidiada". Cristóbal Villalón, en su *Viaje de Turquía*, había observado: "Entre todas las naciones del mundo somos los españoles los malquistos de todos."

En el siglo siguiente es evidente que el sentimiento ha variado de orientación. Una de las más provechosas lecciones que se extraen del memorable viaje por Italia, realizado en 1730 por el Presidente de Brosses, es que en aquel tiempo sus compatriotas habían heredado la xenófoba antipatía que en el siglo anterior disfrutaron los nuestros y al comentar "las causas principales por las que los franceses son peor vistos en el extranjero que los ciudadanos de cualquier otra nación", el inteligente viajero atribuye exactamente a idénticos motivos las razones de hostilidad:

"Es indudable que una de las causas generales del odio de otras naciones contra la nuestra es el gran poderío de Francia, que al mismo tiempo que la hace ser temida y respetada por otros pueblos, como la primera de Europa, provoca la envidia y el recelo contra todo lo que lleve el nombre de francés" (16).

Coincide plenamente con su observación la de Montesquieu al poner en boca de un turista imaginario la observación siguiente: "Recorro España y Portugal desde hace seis meses y vivo entre gentes que, despreciando a todos los demás, solamente a los franceses les honran con su odio" (17).

Aparte de puntualizar lo recíproco del sentimiento, en lo más mínimo discrepa con su apreciación el criterio que utiliza el padre Feijoo de tema central para su ensayo *Antipatía de franceses y españoles*, redactado en momentos de estrecha relación política entre ambos países y de intenso contacto viajero (18).

Transcurre un siglo más, y esta vez le toca a Stendhal sumirse

(15) ANÓNIMO: *A trip to Spain; or, A True Description of the Comical Humorous, Ridiculous Customs, and Foolish Laws, of that Lazy Improvident People the Spaniards.*

(16) CHARLES DE BROSSES: *Lettres d'Italie* (Carta XLII).

(17) MONTESQUIEU: *Lettres Persannes* (Carta LXXVIII).

(18) P. B. J. FEJOO: *Teatro Critico Universal* (Tomo II. Discurso 9).

en perplejidad al percatarse de la antipatía que entre los italianos despertaban sus más rentables y asiduos visitantes:

“Roma es muy feliz viendo acudir dentro de sus muros a los viajeros ingleses. Sin ellos las clases humildes no verían un escudo y tampoco verían una idea nueva las clases superiores. ¿A qué se debe, pues, que, aparte de alguna honorable excepción, los ingleses sean profundamente odiados por la clase inferior y ridiculizados por la superior?” (19).

A la vista del carácter recurrente de estas paradojas, y reparando lo que en muchos de los lugares que visitan les sucede hoy en día a los americanos, es difícil evitar la tentación de clasificar el fenómeno como una constante turística. Examinados en su conjunto los viajes del pasado segregan acres expresiones de un violento nacionalismo y diríase que el grado de simpatía de cada país hacia sus mejores visitantes fluctuó siempre en razón inversa al tonelaje de la marina de la nación del viajero y de la altitud alcanzada por la cotización de su moneda.

En este caso los hechos discrepan de lo que general y maquinalmente se afirma y por el contrario son muy problemáticas las rectificaciones de los criterios sustentados por unas naciones sobre otras derivables de los viajes. Lo que de su análisis se deduce es que, por lo común y en lo fundamental, el viajero regresa a su base de partida cargado con los mismos prejuicios e ideas generales que sobre el país visitado se trajo consigo. El único cambio que se le nota al regreso es que sus errores los mantiene y propaga con mayor autoridad.

Lo que prueba hasta la saciedad que el problema, uno que lo sigue siendo, es de profilaxis mental y no terapéutico. En consecuencia, precisa ser resuelto en los países de origen y destino a través de la infusión sistematizada de fuertes dosis de información verídica, dejando de encomendar al viaje y al viajero responsabilidades didácticas y afectivas por sí solos incapaces de cumplir.

Hay que convencerse de que independientemente de su expresión económica, el comercio e intercambio de ideas mutuas que entre los pueblos, y aunque no se hablen, se realiza indudablemente a través del viaje, se presta poco al monorraíl. Conviene desarrollarlo montándolo sobre la información y el turismo, dos vías hacia el conocimiento recíproco que deben ser instaladas escrupulosamente separadas y de manera

19) STENDHAL: *Les Anglais a Rome* (1824) *Pages d'Italie*. (París, 1932.)

que por mucho que se prolonguen nunca se encuentren, pero sin que tampoco se distancien mucho entre sí; un par de precauciones que servirán para reducir considerablemente los frecuentes descarrilamientos del juicio que en este transitado campo se registran.

Turismo neoclásico.

Una vez superado el alto en el camino de la anterior digresión, proseguimos la marcha para llegar al XVIII, siglo cuyo perfil viajero configura Paul Hazard con su precisión habitual al señalar: "El viaje cambia de carácter, no era ya el capricho de algún original, sino un aprendizaje, un trabajo, un complemento de la educación" (20).

En efecto. Fiel al erudito siglo de los tiempos, el turista se desplaza ahora con ánimo didáctico y gesto libresco y pedante, actitud mental que se refleja en sus relatos, terriblemente informativos por lo general, pero bastante aburridos también, especialmente para quienes, como a Goethe —aunque en su caso una cosa fuera predicar y otra dar trigo—, dicen producirles tal efecto lo que simple y meramente les informa.

Súbitamente se evapora del viaje el elemento de aventura, tan prominente en el siglo anterior, para reaparecer, más laborioso que nunca, en el que le sigue, el siglo romántico por excelencia. Lo que descubre que la peripecia del viaje no es resultante directa de las circunstancias en que tiene lugar, sino producto de la predisposición anímica del viajero, y no sería difícil demostrar que la aventura, como tantas otras impresiones del turista, es sustancia que emerge y se sumerge en su mente, al compás rítmico del vaivén de la sensibilidad colectiva referida a momentos y países determinados.

También desaparecen de los caminos el pícaro y el aventurero que anteriormente impregnaron las rutas de tanto carácter, humanidad y colorido. En sentido cuantitativo hay una regresión viajera, tal vez no superada hasta principios del xx. La decadencia de las peregrinaciones, la represión del bandidaje, los pasaportes y la industria, encadenan a sus residencias a las vocaciones nómadas carentes de dinero, dejando el campo despejado para el turista culto y acomodado.

(20) P. HAZARD: *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*. Madrid, 1946.

Lo notable es que en términos estrictamente turísticos la centuria no resultó tan activa como todo lo hacía suponer y que la sensible mejora de las condiciones del viaje permitía esperar.

Casi todo era propicio. La mayoría de las ciudades ya no cerraban sus puertas a piedra y lodo al oscurecer y era posible viajar de noche, mejora sustancial que permitió agilizar notablemente el viaje al poder acelerar el tránsito por etapas carentes de interés.

Las mujeres empiezan a acompañar a sus maridos en viajes de estudio o placer y pierde vigencia aquel lacónico apotegma de un experimentado trotamundos de la centuria precedente: "Women should not travel at all and married men not much".

Es posible que impusiera cierto freno al divagar el culto exaltado a la biblioteca, donde convergían libros y más libros referidos a visitas a otros países, que alguien tenía que comprar y leer, pues esta es la época en que profesionalmente viajó más el literato, y más literariamente el viajero.

En el continente, el vacío relativo producido por la ausencia británica, de la que luego hablaremos, fue sustituido hasta cierto punto por la presencia alemana. Tuvo que llegar el pacifismo dieciochesco —la paz pasaporte para el turismo—, y el fin de la confrontación bélica entre la Reforma y la Contrarreforma, que utilizó a Alemania como campo favorito de batalla, para que selectos enjambres de viajeros germanos disfrutaran en la práctica del sugestivo contenido encerrado en el hermoso vocablo "wanderlust" engastado como una gema en la lengua de Heine y Schiller.

La principal característica del viaje alemán es su premeditación. Al principio, resultaba susceptible de causar risa en el prójimo nada más pensar en su manera peculiar de viajar, como en la comedia de Saint-Evremond, "Sir Politik Would-Be", donde su autor, un francés que vivió muchos años exiliado en Inglaterra, saca a escena a un alemán que se expresa en la siguiente forma:

"Viajamos de padres a hijos, sin que ningún quehacer nos lo impida; tan pronto hemos aprendido la lengua latina, nos preparamos para el viaje; la primera cosa de que se prevé uno es de un "Itinerario", que enseña los caminos; la segunda, es un librito que enseña lo que hay de curioso en cada país."

Expresiones así, por otra parte tan razonables, es más que probable consiguieran hacer sonreír al auditorio, máxime cuando no era

otra la intención del autor que las redactó, pero poco después, y sin siquiera percatarse, toda la Europa viajera les imita. Aunque Paul Hazard exagera un poco y a sabiendas, no va muy descaminado al describir así a este tipo de turista:

“Visitaban los gabinetes célebres de historia natural y las curiosidades; se extasiaban ante las piedras que contenían agua, ante los fósiles. Medían las iglesias y contaban los escalones de las torres. Entraban en los talleres de los pintores y de los escultores; compraban cuadros, estatuas, coleccionaban también medallas. Guías, descripciones, itinerarios, incluso bibliotecas enteras de viajes registraban este gusto siempre creciente” (21).

Nuestros compatriotas persisten en el XVIII inmunes al contagio de la fiebre turística contraída por el continente, aunque en Jovellanos y en el abate Ponz contemos con perfectos arquetipos de esta sapiente manera de andar por el mundo, cuyos verdaderos antecedentes, llegados a ellos por conducto francés, se hallan en el “Reisen” alemán.

El impulso motriz del viaje turístico alemán del siglo de las pelucas y de muchos otros refinamientos intelectuales más, es de linaje universitario y se orientó preferentemente hacia Italia, justamente la dirección que a su dócil gusto le marcaron las obras estético-arqueológicas de Lessing y Winckelmann que entonces hacían tanto furor como las excavaciones de Herculano y Pompeya. Quien sublimizó la tendencia y con su prestigio movilizó masas viajeras que le imitaron fue Goethe, con su “Italianische Reise” (1829), realizado en 1786 y, según confesión propia, tras diez alemanes años de preparación.

Goethe cruza Italia como Alicia por el país de las maravillas. Sin embargo, su paladar funciona sensiblemente parcial hacia lo clásico y lo arquitrabado. Descubre su limitación la incomprensible apatía con que atraviesa por Venecia y Florencia, sin que su entusiasmo se inflame hasta llegar a Asís, pero no a causa de las maravillas de Giotto y del medievo, sino ante una columnata superviviente de un pequeño templo romano, que sirve de pórtico a una iglesia sin interés, existente en la plaza principal del pueblo.

El libro fue publicado en 1829 y hasta que Burckhardt redescubre el Renacimiento, y Nietzsche y Bismarck enseñan a la mente germana a pensar marcando el paso de ganso, haciéndoles un tanto antipáticos

(21) P. HAZARD: Op. cit.

por donde transitaron, le costó mucho al viajero alemán visitar Italia sin plagiar los gustos fríos y mármóreos del Zeus de Weimar.

Toda acción violenta genera su correlativa reacción, y por primera vez se consignan a fines de aquel siglo acerbas críticas contra el turismo, generalmente suscritas por gentes, como Jefferson, ya hartas de viajar.

Una mente tan representativamente alemana como la del filósofo Fichte, denuncia la poca sustancia turística de los viajes de sus compatriotas, así como su total falta de visión respecto al potencial económico del turismo. En su obra *El Estado Comercial cerrado* (1800), en la que aboceta una teoría económica de la autarquía, el violento pensador prescribe los viajes al extranjero. Pero no por motivos económicos. Su objeción descansa en un escrúpulo moral, pues estima que los turistas "desmoralizan a la gente de los países que visitan al darles el espectáculo de su ocio."

No es preciso consignar la poca atención que la gente con dinero y curiosidad prestó a semejante aguafiestas.

El "journey" británico.

Como en el resto de Europa, y al menos en teoría, también el XVIII pudo haber sido el Siglo de Oro del viaje inglés al continente. Rozándolo estuvo, y si no fue así, la culpa fue de la frecuencia con que la nación anduvo a la greña con su vecina francesa. Hubo esporádicos respiros entre armisticio, tregua y tratado, cortados en seco, en lo que a Francia se refiere, por la Revolución, y respecto al continente, por su inevitable secuela, las sangrientas aventuras geopolíticas de Napoleón, dos acontecimientos de signo tan anglófobo como la ayuda que venía Francia prestando a la secesión americana.

A pesar de que los vientos políticos prevalentes en el siglo fueron escasamente incitantes a que el inglés se arriesgara a embarcarse para cruzar el Canal, debido a que los deseos de viajar eran más acuciantes que nunca, fueron legión quienes lo hicieron, inclinación que distó mucho de ser entorpecida por el hecho de que los isleños contaran con una marina de padre y muy señor mío.

El relativo eclipse turístico de Francia permitió a Italia erigirse en meca indisputada del viaje británico de la época, fenómeno que no pasó inadvertido ante el más sagaz analista de sociedad de su tiempo,

el genial doctor Johnson, que un buen día le partisipó a su acólito y biógrafo Boswell: "quien no visita Italia sufrirá por el resto de su vida de un sentimiento de inferioridad" (22).

Los impactos directos del atractivo italiano sobre Londres fueron fenomenales y pueden perfectamente catalogarse como tales la fundación en 1734 del club de los "Dilettanti" (23), reservado exclusivamente para gente rica que hubiera viajado extensivamente por Italia, así como la arquitectura georgiana, sutil e indeleble, que imprimió el gracioso mohín neoclásico que aún hoy suaviza la fisonomía urbana de la capital.

En momento de tensión política, y esquivando suelo francés, considerables bandadas de jóvenes "gentlemen" desembarcaban en Ostende camino de Roma, itinerario éste escogido por nuestro pusilánime Moratín en 1793 en su viaje de Londres a Italia. Así se comprende que en el recorrido que por el mismo país realizó en 1739, el Presidente de Brosses se tropezara a menudo con turistas ingleses, "dont Rome est toujours remplie".

"Hacen gastos cuantiosos y son la nación favorita de los romanos a causa del dinero que traen" —puntualiza este excelente narrador con su puntería infalible—, "pero, en el fondo, y por toda Italia, el corazón del país se inclina hacia los alemanes" (24).

En efecto, y Goethe, en su "Reisen", anota su asistencia en Chioggia a la representación de una comedia, cuyo título, "Gli inglesi in Italia", transparenta satíricos desahogos del voluble país contra sus más productivos admiradores.

De Brosses confirma también, y de manera impremeditada, la impresión de que los viajeros ingleses —genio y figura o cuestión de psicología racial—, seguían comportándose como turistas puros y sin dejarse contaminar por la pedantería imperante en los viajes de la época:

"El dinero que los ingleses gastan en Roma, y la costumbre de hacer este viaje como parte de su educación, apenas aprovecha a la mayoría de ellos. Algunos son gente espiritual que trata de instruirse, pero no son muchos. Lo más mantienen un carruaje de alquiler esperándoles durante todo el día en la Piazza d'Espagna, mientras ellos pasan el tiempo jugando al billar o entregados a cualquier otro entre-

(22) J. BOSWELL: *Life of Samuel Johnson*. 1791.

(23) R. J. MITCHELL: *A History of London Life*. Longmans, Londres, 1958.

(24) CHARLES DE BROSSES: *Lettres d'Italie* 1739 y 1740. París, 1836.

tenimiento parecido. Conozco algunos que abandonarán Roma sin haber visto otra cosa que ingleses y sin saber dónde está el Coliseo" (25).

En esta ocasión, de Brosses, como la mayoría de sus contemporáneos y continentales, yerra al evaluar conductas ajenas con base a doctas opiniones propias, y acusa patente invidencia para discernir correctamente el objetivo principal del turismo británico de todas las épocas. Quien con indiscutible conocimiento de causa formula adecuadamente, en el Canto II de su "Don Juan", el programa del viaje inglés al continente es lord Byron:

"Young men should travel, if but to amuse themselves..."

No siempre toparon estos jóvenes en sus correrías con el tipo de diversión deseado. Corrían tiempos sumamente inseguros, a pesar de las apariencias, como lo puso de manifiesto la gigantesca redada de turistas ingleses capturada por los franceses al quebrarse repentinamente en la primavera de 1803 la paz de Amiens, pacto que por el injustificado optimismo viajero que engendró, presenta singulares paralelismos con el de Munich en 1939.

Una de sus víctimas fue Joseph Forsyth, el autor de "Remarks on Antiquities", la insuperable Guía de Italia utilizada por la generación de Byron en sus recorridos por el santuario tursístico del romanticismo inglés.

La ruptura de la tregua sorprendió al confiado Forsyth de paso por Turín y de regreso a Inglaterra. El tiempo que les faltó a los agentes napoleónicos para detenerse, le sobró al pobre Forsyth para redactar su obra, ya que de resultas del incidente permaneció encerrado en los calabozos de Vincennes durante diez largos años, debiendo su libertad a la llegada de los aliados a París, en 1814.

Más gratas fueron las circunstancias en que tuvo lugar el viaje que en 1765 y hasta Nápoles realizó el incisivo y goliardo clérigo irlandés Lawrence Sterne. A su regreso publicó por entregas su obra póstuma e inconclusa, "A Sentimental Journey", texto clásico de la literatura inglesa de humor, equiparable al Quijote en cuanto a su intención satírica respecto a la avalancha de deshumanizados libros de viajes que por entonces se publicaban.

El año estelar de la emigración inglesa debe de andar hacia 1785, cuando, según Trevelyan, el historiador Gibbon recoge la especie

(25) CHARLES DE BROSSES: Op. Cit. (Carta XL).

de que en dicha fecha más de 40.000 ingleses, "masters and servants included", se encontraban de visita por el continente.

A diferencia de Portugal, donde el influjo inglés linda con lo aplastante, durante este siglo lo francés y lo italiano dominan en España hasta en lo turístico. A finales de la centuria, y al entibiar las relaciones oficiales franco-españolas, excesos revolucionarios culminados por los regicidios de París, asoman su curiosidad por el paisaje hispano algunos viajeros ingleses, generalmente escritores, que nos visitan atenta, friamente y con cierta antipatía, para publicar a su regreso interesantes relatos sobre la España de Carlos IV y de Godoy. Pero, en términos generales, puede aseverarse que desde el ignominioso "diktat" antiespañol de Utrecht (1713), que con tanto descaro nos robó a mano armada Gibraltar y Menorca, hasta las victorias de Wellington sobre suelo español, la presencia británica entre nosotros fue "rara avis" y hasta "non grata".

Proporciona cierta idea de la tónica predominante en los relatos viajeros prerrománticos sobre España, el criterio del insigne geógrafo don Isidoro de Antillón, un ilustrado sumamente ponderado, y como buen ilustrado, exento totalmente de taras chauvinistas, quien se quejaba, con amplio conocimiento de causa, de "los libros de viajes por este reino que han publicado los extranjeros; los ingleses, franceses, italianos y alemanes hablan de España como pudieran de algún país interior de Africa" (26).

Es aproximadamente por esas fechas cuando en la lengua inglesa aparece el término "tourist", personación del sujeto agente del "turismo" y también el "touring", hijo natural de cierta envidiable facultad lingüística del idioma inglés que le permite convertir a los nombres en sustantivos verbales con sólo adherirles a modo de espoleta el sufijo "ing", un dispositivo que, además de pertrecharles de múltiples funciones gramaticales de gran dinamismo, les dota al mismo tiempo de un formidable poder de penetración y aclimatación en vocabularios ajenos (27).

A esta enérgica y prolífica familia lexical pertenecen voces como "sailing", "landing", "parking", "sleeping", "marketing", "camping",

(26) I. DE ANTILLÓN: *Elementos de la Geografía de España y Portugal*. Prólogo de la primera edición, 1808.

(27) Son tantos y tan numerosos los domiciliados en el "français" actual y tan fuerte su tendencia a la proliferación, que un distinguido filólogo opina: "Il semble bien qu'il soit actuellement en train de se constituer en français un suffixe-ing." PIERRE GUIRAUD: *Les Mots Etrangers*. P. U. F., 1965.

"ticketing", "flying", y tantos otros que pululan por la terminología turística internacional, invasión contra la que ha resultado impotente la resistencia guerrillera que en cada nación les opusieron y oponen traductores castizos y escrupulosos.

El turista romántico.

Gran parte de la razón que permite rimen tan acordes el par de vocablos del epígrafe, obedece a que la entronización del término "turista" en el léxico de la civilización occidental, se produce con estrechos paralelismos y a muy poca distancia cronológica del epíteto "romántico". Casi coparticipan tiempo y espacio ambos acontecimientos.

Prescindiendo del sentimiento o concepto romántico, signo cultural exponente un tanto vago de un complejo conjunto de causas, y ciñéndonos a lo filológico, que es ahora lo nuestro, salta a la vista que ha sido muchísimo mejor rastreada que la del turista la genealogía del término romántico y la investigación más solvente detecta su aparición primera en su libro de viajes sobre Córcega, publicado en 1768 por James Boswell, donde se alude al "romantik aspect" de la isla (28). El libro en cuestión, "An Account of Corsica. The Journal of a Tour to that Island", fue inmediatamente traducido al francés, alemán, italiano y holandés, y es extraño que el hecho de ser redactado por el sin par biógrafo y constante contertulio del doctor Johnson, dictador indiscutible del inglés de su época, no haya hasta ahora inspirado conjeturas en la dirección insinuada. Lo interesante es que en ambos casos se registra la curiosa circunstancia de que tanto "turista" como "romántico" surgen en Inglaterra y en coyuntura viajera.

No terminan aquí las analogías. El vocablo "romántico" se puso inmediatamente en movimiento, encontrando pronto eco y aceptación en el alemán. Su debut en suelo germano se fija en 1798, y en la revista "Atheneum", en un trabajo en el que el filólogo W. Schlegel, manejando el sustantivo "Romanpoesie", lo parte por gala en dos para ponerse a hablar de la "Romantische Poesie", es decir, de la

(28) G. DÍAZ PLAJA: *Introducción al estudio del romanticismo español*. Espasa-Calpe, 1936.

poesía "novelesca", pues eso es lo que originalmente quiso significar el adjetivo (29).

El epíteto circulaba por Francia en su forma "romanesque", y es allí donde en 1788 escribe Moratin a su tía Ana: "Tía más romancista que usted, ningún sobrino la ha tenido jamás." Es casi probable de que la responsable de que el término haya prevalecido en la forma actual sea Mme. Stäel, impenitente viajera y discípula de Schlegel en Viena, quien captó allí mismo el vocablo de boca del maestro, importándolo en el francés brillantemente empaquetado en el capítulo XI de la parte segunda de su obra "De L'Allemagne" (1813), traducéndolo como "romantique", más ajustado a la versión inglesa original, y que como es notorio es la forma que universalmente predomina.

A juzgar por el estudio de Díaz Plaja, son fieles los reflejos que el titubeo filológico francés encontró en España, pues hay indicios del uso entre nosotros, hacia 1805, del vocablo "romancista" para denominar a los afectados por la nueva tendencia. La nomenclatura se rectificó y francesamente consolidó hacia 1818, cuando se empieza a hablar de los "románticos", bien es verdad que contra la opinión adversa expresada el mismo año por el "Diario Mercantil" de Cádiz, quien criticaba "las voces bárbaras *romanesco*, *romántico* y *románico*, sin dar jamás en lo *romancesco*, que es lo castellano y lo corriente", resultando arriesgado descartar la contingencia de que en la resolución de la polémica gaditana dejara de tener influjo decisivo el señor Böhl de Faber, cónsul prusiano en Cádiz y padre de la andalucista Fernán Caballero, un señor cultísimo y amante de todo lo nuestro, que se carteaba asiduamente con Schlegel.

Turismo romántico inglés.

Volviendo al "turista", vocablo al que tenemos algo abandonado por culpa de un compañero mucho más prestigiado culturalmente, es más que posible que a fines del siglo anterior, el XVIII, el término transitara por el lenguaje coloquial de Inglaterra, eventualidad ésta que cualquier estudio circunstanciado podría verificar. Sin embargo, existen motivos abundantes que inducen a sospechar que su implantación efectiva en el idioma inglés obedece a la aparición de la popularísima se-

(29) ARTHUR O. LOVEJOY: *Essays on the History of Ideas*. New York, 1948. Utilizamos un ensayo redactado en 1916.

rie de libros de viajes publicados desde 1829 (el mismo año que los alemanes imprimen el primer Baedeker) hasta 1838, por la editora londinense Robert Jennings & Co., con el título genérico de "The Tourist in...", entre los que destacan por su gráfico primor los cuatro volúmenes de la serie "The Tourist in Spain" (1835), por cierto, bastante insustancialmente redactados por Thomas Roscoe, pero maravillosamente ilustrados por los celebérrimos grabados al acero de David Roberts.

Viene al caso recordar que de esta selecta cantera iconográfica provienen las láminas que frecuentemente engalanan las salas de espera de nuestros odontólogos, así como infinitos artículos de revista sobre nuestros mejores monumentos, popularidad cuya inmarcesible persistencia responde a la sencilla razón de que estos grabados acostumbra reproducir la realidad que retratan mil veces más atractiva que la mejor fotografía, y los paisajes y monumentos españoles vistos por Roberts, se reflejan en ellos más bellos todavía de lo que son, pues así las gustaba el romántico cuando, como nuestro país, le caía francamente simpático un tema.

Y la intensidad del efecto que España produjo en estos románticos visitantes, como ocurre en casi todo lo romántico, es inconmensurable. En el flechazo tuvo que haber algo de afinidades electivas entre un país en declive y una sensibilidad mórbida y desvelada. De lo contrario, son difíciles de compaginar muchas y muy duras expresiones que insertan en sus "Diarios" y correspondencia particular, los americanos Washington Irving, Longfellow y Ticknor, alusivas a las espeluznantes incomodidades padecidas en el áspero contacto con nuestro suelo, pero acompañadas de la declaración constantemente reiterada de ser el nuestro, con mucho, el preferido de todos los países por ellos recorridos.

España ingresa en el turismo por las puertas de la emoción y nuestro turismo se cimenta en el entusiasmo que de repente inspiró España en el pueblo inglés.

Fue un fenómeno que saltó como una chispa debido a la conjunción oportuna de dos circunstancias dispares. El establecimiento de líneas marítimas regulares, acontecimiento que tuvo lugar a la caída de Napoleón, y el incontenible deseo de detenerse en nuestro país experimentado por multitud de ingleses que en ellas viajaban, interesados en recorrer algunos de los paisajes y conocer las bravas

gentes con cuya colaboración hizo su bachillerato bélico el ilustre vencedor de Waterloo.

En el momento en que realmente empieza, es punto menos que incalculable el valor promocional que para nuestro turismo supuso el interés y simpatía con que en Inglaterra se siguieron las incidencias de nuestra guerra de Independencia, una epopeya bravía y de gran tremendismo, desarrollada muy a la medida de las exigencias del paladar romántico. Lo cierto es que pecaría de incompleta la relación de los estímulos que propulsaron oleadas extranjeras hacia nosotros, si se omitiera la inclusión de que el Sur de España comenzó por entonces a ser prescrito terapéuticamente por la medicina nórdica contra la enfermedad típica del romanticismo. La presencia entre nosotros de Washington Irving, el amigo polaco de George Sand y de la esposa de Richard Ford, son exponentes de los muchos que nos visitaron por padecer tuberculosis o porque sintieron que el bacilo les rondaba muy de cerca.

Lo pertinente es que la vanguardia del turismo inglés, esquivando los paisajes donde crepitaba la primera contienda carlista (la guerra romántica por excelencia), se polarizó en Andalucía, y sus vías de penetración hacia Sevilla, Ronda y Granada, sus principales objetivos, fueron los puertos de Cádiz, Gibraltar y Málaga, enclavados precisamente en la región descrita con mayor cariño y detalle en el "Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home", compuesto por Richard Ford y publicado en 1845, por la Casa Murray, especializada en esta clase de textos. La "Murray Guide", como se denominó a cada uno de los componentes del crecido número de ediciones que la obra alcanzó, fue durante muchos años una especie de Korán indispensable para orientar los pasos de los enjambres peregrinos británicos rumbo a España en el siglo pasado. En cambio, su autor fue una de las contadísimas personas que en aquel tiempo tuvo conciencia de los beneficios económicos que para nuestro país iban a reportar aquellas visitas. Así se lo subrayaba a su amigo don Pascual Gayangos al escribirle presentándole la primera edición del "Manual", "que sin duda —predecía Ford con acierto absoluto— enviará a España un gran surtido de ricos ingleses".

Seudoturismo literario francés.

Hasta que en 1864 se conectó Madrid ferroviariamente con París, hablar de la presencia viajera francesa en España, y particularmente en Andalucía, es aludir más al ruido que a las nueces.

El estruendo, literariamente hablando, fue sin disputa ensordecedor y no tiene nada de extraño que para algunos paladares el romanticismo francés tenga sabor tan español como el de una buena paella, ya que españoles fueron sus ingredientes fundamentales. Pero esta predilección temática en nada altera el hecho de que desde un punto de vista estrictamente turístico resulten un tanto desconcertantes las condiciones reales en que tuvieron lugar las excursiones hispánicas de los principales escritores franceses que se tomaron la molestia de realizarlas.

Aunque minoritaria, la corriente viajera que vamos a radiografiar fue rutilante y continua, y Chateaubriand, además de encabezarla, la simboliza adecuadamente y en todos los sentidos. Su aparición en Granada en la primavera de 1807, lo cierto es que tuvo muy poco de premeditada y se dedicó a una cita concertada desde Túnez con su flirteo de turno, la vizcondesa de Noailles, quien se encontraba a la vera de la Alhambra, pero muy lejos también de su marido, acompañando a su aristocrático hermano (un pretexto como otro cualquiera) el dibujante Laborde, que trabajaba en su "Voyage Pittoresque".

Es verdad que tras su romántica aventura granadina el autor de "El Genio del Cristianismo" jamás volvió a poner sus pies sobre suelo español, pero, en cambio, al desempeñar en 1823 la cartera de Asuntos Exteriores de su país, se apresuró a enviar al nuestro, de un golpe y marcando el paso, a cien mil compatriotas.

No se trata, naturalmente, de calificar de turístico el cómodo paseo militar que desde los Pirineos hasta Cádiz realizaron los cien mil hijos de San Luis, aunque sería impropio ignorar las excelentes perspectivas que para un desarrollo ulterior de corrientes turísticas francesas hacia nosotros se abrieron con aquella visita "en masse". Las sorprendentes circunstancias que concurrieron en el episodio demuestran hasta la saciedad que no fue por falta de receptibilidad española hacia nuestros vecinos el que estas posibilidades fueran totalmente desaprovechadas.

Para calibrar en toda su magnitud el fallo que señalamos, es pre-

ciso tener en cuenta el pésimo recuerdo que en mentes y costillas españolas dejaron los invasores napoleónicos. Atendiendo a condiciones tales, hubiera sido lógico predecir que habría de transcurrir bastante tiempo para que la reaparición francesa en suelo español, y máxime armada, resultara tolerable en una sociedad integrada por "guerrilleros" recién desmovilizados. No obstante, el prodigio sucedió, y a los diez cortos años de la precipitada salida del último "gabacho", España era reinvasada por tropas francesas, y, por si fuera poco, pacíficamente. Entre las numerosas paradojas que rondan por este episodio, no es la menor que uno de los objetivos asignados al ejército invasor fuese derrocar al Gobierno español con la expulsión consiguiente de su propia patria de los "afrancesados" que habían regresado a España gracias a la revolución de 1820.

Campana tan extraña se desarrolló sin gloria alguna, pero también sin pena, gracias al entusiasta recibimiento extendido a los soldados del duque de Angulema, no sólo por parte del Soberano, en cuya ayuda venían, sino asimismo por parte del no menos soberano pueblo español, contemporáneo de Agustina de Aragón y del Alcalde de Mostoles, por más señas.

La historiografía liberal que casi monopolísticamente trata de esta singular anomalía, así como muchas otras de aquel anómalo siglo, se ve y se desea para explicar convincentemente y arrimar al mismo tiempo el ascua a su democrática sardina, el asombroso comportamiento en la ocasión del estrato socialmente subalterno que la retórica política acostumbra definir con el epíteto de "pueblo". Sin embargo, ateniéndose a los hechos, por enojosos que éstos sean, y si se prescinde de tópicos y demás fraseología concomitante, no resulta difícil la explicación objetiva del portento. Bastaron unos pocos años de acción intensiva de faccionalismo político, más una breve fase de desgobierno ultraprogresista, para que se originara una tensión fratricida, de virulencia tal, que acaparó cuanta capacidad para el odio exacerbado hacia sus semejantes era posible destilar del pueblo español.

Sería, por tanto, injusto en esta ocasión, despojar a la irresponsabilidad política de los partidos, que precisamente entonces hacen su primera aparición en nuestro escenario histórico, de una distinción que íntegramente les corresponde. El haber logrado escindir a la población del país de manera tan irreconciliable, que una mitad aborrecía a la otra mitad con intensidad tal que no dejó disponible un

adarme de hostilidad utilizable contra el extranjero; aunque fuera éste francés e invasor.

El hecho de que cuarenta mil soldados rezagados permanecieran de guarnición en España hasta 1828, sin protesta ni malestar audibles, es síntoma expresivo de la permeabilidad psicológica exteriorizada por la sociedad española respecto a la presencia del visitante francés, a pesar de lo cual no se registraron al otro lado de la frontera grandes premuras viajeras hacia el Sur y las visitas que por entonces recibimos no fueron exactamente respuesta a las propicias circunstancias acabadas de ser reseñadas.

Es muy probable, por ejemplo, que no le habríamos tenido tanto tiempo ni tantas veces entre nosotros al hispanófilo Merimée, de no ser debido a que residió en calidad de huésped perenne de su amiga la condesa de Montijo, ventaja que evidentemente no disfrutó Bizet, a quien, no obstante, le salió la mar de española la partitura que le compuso a la "Carmen" de Merimée, sin siquiera aproximarse a los Pirineos.

Cierto es que marca literariamente época la visita que en 1840 nos hizo Teófilo Gautier, pero debemos felicitarnos mucho de que fracasara rotundamente el verdadero propósito del "Voyage". El auténtico motivo de que de manera indirecta y circunstancial produjo tan bellísimo relato viajero, carece de relación con la literatura, pues no fue otro que venir a comprar en cantidades masivas, y a precios de saldo toneladas de obras maestras de arte español, que Piot y el grupo de mercachifles parisinos que costearon su viaje al escritor, suponían andaban muy baratas por aquí de resultas de la guerra civil que acababa de concluir (30).

En realidad, la vertiente chamarilera del viaje de Gautier, que se frustró, no era una idea del todo original y duplicaba otra excursión idéntica, pero más afortunada, que en 1835, justamente en el momento de la desamortización, realizó el autor de otro célebre libro de viajes por nuestro país. El barón Taylor vino a tiro fijo, pues en su primera visita a España, encuadrado en el ejército del duque de Angulema, había tanteado de cerca las posibilidades de nuestro mercado artístico. El avisado barón regresó varias veces, presumiblemente para documentarse sobre el terreno para la obra que estaba

(30) RENÉ JASINSKI: *L'España de Th. Gautier*. París, 1929.

redactando (31), tarea que no le impidió simultanear sus eruditas investigaciones con la compra de un respetable acopio de pintura española para el Rey Luis-Felipe, quien exteriorizó hacia ella una afición no del todo disimilar a la que nuestros maestros inspiraron en los mariscales napoleónicos que poco antes nos habían invadido.

La real pinacoteca que gracias al barón se formó, y que estuvo expuesta en el Louvre por diez años consecutivos hasta el destronamiento del monarca en 1848, no fue del todo mala, y el hecho de que no fuera tan buena como fácilmente pudo haber resultado, nos obliga otra vez a felicitarnos, pues simplemente se debe a que al barón Taylor le gustaron mucho Murillo y similares, y, como se deduce de su obra sobre España, fue bastante menos lo que le gustaron los lienzos de Velázquez, Goya y El Greco, que contempló.

Tampoco fue producto de personal designio el viaje que "De París a Cádiz" realizó Alejandro Dumas en 1846, pues obedeció a una decisión adoptada a última hora por el Gobierno francés, que con fines propagandísticos le había organizado una excursión por Argelia estupendamente subvencionada. Es cierto que el rodeo ibérico resultó literariamente la parte más interesante del viaje, pero esta interpolación en el itinerario original fue decidida con la poca turística finalidad de darle publicidad a la boda que en Madrid contrajo Luisa Fernanda, la hermana de Isabel II, con el duque de Montpensier, hijo de aquel monarca tan amante de nuestra pintura que acabamos de mencionar.

Pero quien demuestra incomparablemente mejor que ninguno de sus colegas el escaso contenido turístico de las idas y venidas hispánicas de los escritores franceses del romántico es el propio Victor Hugo, cuyas tangencias físicas con España, y a juzgar por lo que se sigue escribiendo, constituyen uno de los secretos mejor guardados por la crítica literaria de ambos países.

Habremos de convenir que no es dato excesivamente conocido que aparte de una tímida incursión que por el País Vasco realizó el poeta en su madurez, el motivo de la única estancia entre nosotros digna de tal nombre se debió a lo mal que se llevaba su padre con su esposa. Fue el general Hugo, padre del futuro poeta, designado por Napoleón gobernador militar de Madrid, quien se trajo consigo a la capital al niño, por un año (1811), y a los nueve de su edad, en

(31) J. TAYLOR: *Voyage Pittoresque en Espagne, en Portugal et sur la cote de l'Afrique, de Tanger á Tetouan*. París, 1826.

realidad para mantenerlo encerrado casi todo el tiempo en un colegio, antes de Nobles, hoy de Escolapios, que aún existe en la calle de Hortaleza. Por esa razón, lo más cerca que en el curso de su vida llegó el enfervorizado cantor de la Alhambra y de tantas otras cosas nuestras del mundo andaluz que le son morunamente adyacentes fue Aranjuez, y ni siquiera esta leve aproximación está del todo probada.

Por nuestra parte, la clientela española aportada a la industria del viaje durante la primera mitad del siglo XIX, aunque activa en exceso, adoptó caracteres meramente paraturísticos, ya que casi se redujo a la exportación intensiva de exiliados políticos, eso sí, con violenta energía. Por ello, no es del todo improbable que más de una cama que en una fonda de Londres, Bayona o París abandonó un absolutista, servilón, carlista o moderado, fue inmediatamente ocupada por el doceañista, progresista, liberalito o carbonario de turno acabado de llegar, quien a su vez pudo muy bien haber salido de estampía del mismo punto al que el otro se reintegraba, quien sabe si para volver a escapar en condiciones parecidas. Y así sucesivamente, como nuestra historia política se esmeró tozadamente en demostrar.

El sprint final.

Tal fue, y así condujo la exuberante grey trahumante que por entonces se comienza a denominar en Inglaterra con el epíteto "turista", y existen interesantes crónicas viajeras que permiten cronometrar con bastante precisión el progreso del término en la lengua inglesa.

Es digna de ser anotada la publicación en los Estados Unidos de la obra "A Practical Tourist" (1829), denominada así por su autor, el fecundo inventor americano Zachariah Allen, texto que en realidad es oblicua la relación que tiene con el turismo, pues se limita a exponer las observaciones recogidas "in situ" por Mr. Allen acerca de los efectos del maquinismo en Inglaterra, Francia y Bélgica, pero cuyo título constituye índice elocvente de la divergencia ultramarina del término.

Todavía resultan más expresivas en este cronológico sentido el par de obras que sobre nuestro país publicó el viajero americano

Alexandre Slidell Mac Kenzie. En su primera, "A Year in Spain" (1829), que, por cierto, es el primer libro de viajes americano sobre nuestro país, la palabra "turista" no aparece por parte alguna, mientras que en su segunda, "Spain Revisited" (1826), el vocablo figura en dos ocasiones.

Pero en orden filológico, era improbable el porvenir que cabía augurar al nuevo vocablo, de no suceder que, como en otras lingüísticas ocasiones, lo adoptaría la cultura francesa para prohiarlo y encargarse de lanzarlo por el mundo, inscrito esta vez en la proa viajera de un buen libro de viajes.

Un instante de anglofomanía.

A nuestra manera de ver las cosas, las circunstancias fueron decisivas en el proceso. El término "turista" no se hubiera trasladado a Francia con tanta comodidad de no haber intervenido la violenta y pasajera ráfaga de anglofilia que por algún tiempo agitó al país vecino. Tampoco se hubiera resuelto el destino de la palabra de manera tan efectiva de no haber conseguido anidar en el bizarro vocabulario de una pluma que en resumidas cuentas resultó muy influente en el mundo literario del París de Luis-Felipe.

Esta ola de simpatía hacia la nación que en Waterloo aniquiló a "l'ogre", al curso diabólico —mientras simultáneamente extirpaba un brote competitivo de imperialismo francés— representa una de las raras ocasiones en que Inglaterra disfrutó entre los franceses de una popularidad genuina y universal, y a su vez fue producto de varias coyunturas propicias. Una de ellas, que el bonapartismo anduviera a la sazón bastante desacreditado en su solar natal, como lo prueba que el Gobierno francés, de acuerdo con el inglés, consideraran aquel momento oportuno par realizar una diligencia en resumidas cuentas inevitable: el traslado de los restos del "petit caporal" desde Santa Helena a los Inválidos.

Esta anglofilia fue un fenómeno en cuya génesis tuvo mucho que ver la habilidad del príncipe de Talleyrand, maestro eximio de la componenda y del enjuague, y perejil de todas las salsas políticas de su tiempo, quien aprovechó una estancia en Londres como embajador de su país, para concertar el tratado de alianza que en 1837 suscribieron las dos empedernidas rivales.

El instrumento diplomático resultante tuvo una vigencia inusitada en esta clase de solemnes compromisos. Duró más de un siglo, y aún continúa irradiando sus efectos sin que los atolondramientos mesiánicos del presidente Roosevelt y los berrinches hegemónicos del general De Gaulle hayan sido capaces de invalidarlo del todo. Es preciso reconocer que los hechos han dado la razón al Rey Luis-Felipe de Orleans, hombre campechano y soberano nominal de un simulacro de monarquía, quien al firmarlo, como era su obligación, lo encontró excelente y lo denominó "l'entente cordiale". El involuntario epigrama obtuvo un éxito fabuloso entre los ingleses, siempre dispuestos, como es sabido, a saborear toda frase que con cierta dosis de ironía encapsule en lo minúsculo verbal lo altisonante y superlativo.

En reciprocidad, el "haute monde" francés introdujo en sus costumbres el té y las carreras de caballos, y entreabrieron su lenguaje ordinario lo suficiente para franquear el ingreso a términos tales como "dandy", "spleen", "picnic", "sandwich", "tilbury", "groom" y muchos otros, de índole elegante por lo común —ni siquiera "water-closet" constituye excepción— que esmaltan de cursivas y de snobismo —otro término importado— las páginas que por aquel entonces redactaron Balzac, Vigny y otros talentos galos de espíritu romántico y cosmopolita (32).

Lo curioso es que entre col y col británica se reimportó alguna que otra lechuga gala, como "sport", por ejemplo, que en su forma original de "desporter" era vocablo de prístino linaje provenzal, y el de "tennis", que como palabra no era otra que el grito "tennez", que sonaba y suena frecuentemente entre franceses que juegan a la pelota. Otro desliz por el estilo cometió el francés al readmitir en su lingüístico seno al joven hijo del viejo "tor", disfrazado de "touriste".

Monsieur le Touriste.

Uno de los escritores que en sus obras menos ascos hizo al vocabulario de la nación vecina fue un raro autor de Grenoble, anglófilo perdido, que firmaba sus escritos con un seudónimo alemán, y que

(32) En la exhaustiva tabla, confeccionada por Pierre Guiraud, se computan 134 préstamos léxicos del inglés al francés en el XVIII, contra 101 del italiano y 43 del español. En el XIX son 67 del italiano y 32 del español, que compiten desde muy lejos con 377 del inglés. (P. GUIRAUD: Op. cit.).

se había chiflado con la vehemencia de un inglés de Italia y de todo lo italiano.

Era la suya una naturaleza compleja y reprimida, que transitó por la vida impulsado por un cosmopolitanismo aburguesado e inquieto. Descansan hoy sus restos en un cementerio de Montmartre, bajo una autobiografía sintética que él mismo se confeccionó y que alguien se encargó de que figurara esculpida sobre la piedra que los cubre. He aquí su texto completo:

Arrigo Beyle, Milanese
Visse, amó, scrisse.

Fue en 1838 cuando Henri Beyle, alias "Stendhal", publicó el libro que nos interesa. Se trata de uno de viajes por Francia, que como el "Tour" ciclista de dicha nación, hace alguna incursión incidental por Suiza y España.

Como era de esperar, viniendo de la pluma del autor de "Roma, Nápoles y Florencia" (1817) y de "Paseos por Roma" (1830), el libro es excelente desde el punto de vista de la literatura turística, y hasta consta la afirmación de alguien que dice haber visto a más de un francés de nuestros días contemplando viejos monumentos de la Provenza con este libro abierto en sus manos. Es posible, porque no es precisamente insólito descubrir a los franceses desplegando poses teatrales ante las cosas, pero es discutible la utilidad del volumen en trances parecidos, dada la condición eminentemente subjetiva del texto. Poco apto, por tanto, para sacarlo a la intemperie, y, por el contrario, más adecuado para que el lector lo saboree incrustado en un butacón una tarde lluviosa de domingo.

Pero lo más curioso es que a pesar de lo que se creyó, y su texto da a entender, el libro es producto casi puro de la imaginación del autor, quien tuvo muy poco que ver personalmente con un viaje tan bellamente descrito. Este secreto, que hasta cierto punto, y a juzgar por el prólogo de mi ejemplar parece seguirlo siendo, fue descubierto por los eruditos de la Universidad de Grenoble, donde la memoria de Stendhal se cultiva con el mismo mimo que en Aranjuez las fresas. Han demostrado estos señores que imitando a Estrabón en su "Geografía", y a su ilustre y sedentario compatriota Julio Verne en las más viajeras de sus novelas, Stendhal, para componer su libro, utilizó de materia prima y a mansalva material aje-

no. Corrobóranlo las abundantes notas halladas entre su correspondencia, tales como aquella misiva telegráfica "Donnez-moi, vite, Marseille et Nimes", que en julio de 1837 cursaba a su amigo el barón de Marest.

El libro concluye con una descripción del soleado litoral entre La Junquera y Barcelona, una costa bucólica, piscícola, pero muy poco brava a la sazón. El capítulo aparece pletórico de agudezas y de atisbos geniales sobre España y lo español, que pudieran tener su explicación en lo bien que se documentó sobre el tema quien exactamente por aquel tiempo andaba gestionando de su superioridad un puesto consular en España. El ficticio episodio, como es comprensible, ha sido utilizado exhaustivamente por la rama más retórica y mejor intencionada del hispanismo galo, empeñada en consolidar con innecesarios vínculos físicos la intensa simbiosis entre el pensamiento francés y el nuestro, pero hay demasiada lucidez y perspectiva crítica en este capítulo postrero para haber sido producto de la experiencia directa de un viajero apresurado, y menos de uno tan impresionista como Stendhal.

En realidad, la única estancia segura del escritor en España es la que el propio interesado confiesa en su libro "De l'amour", al referir una breve escapada a Sevilla desde Cádiz —el itinerario de Lord Byron— navegando de Plymouth a Génova a bordo de un buque de la "Pacific & Orient", línea que aún existe y cuyo establecimiento contribuyó fuertemente a que Andalucía pudiera disputar seriamente a Italia su hegemonía ante el turista británico del romántico.

La impresión que nuestra bella región causó en el ánimo del escritor lo expresó él mismo de manera lapidaria en forma de piropo: "L'Andalousie est l'un des plus aimables séjours que la volupté se soit choisis sur la terre." Que ya es decir, pero lo decisivo en este momento crucial, en el que se ventila el destino de una palabra, radica en el título que puso Stendhal al libro que estamos comentando. Lo denominó "Mémoires d'un Touriste", constituyendo la primera ocasión en la que el hasta entonces casi inusitado vocablo se empleó en francés. Subraya la novedad el hecho de que una sola vez figura el término en el texto del libro, y además en cursivas, y se robustecen sospechas en este sentido —pues entre libros anda el juego—, el que en 1829, poco antes de que Stendhal comenzara el suyo, se publicó

en Londres la obra "The Tourist in France", de la serie mencionada en páginas anteriores.

La palabra importada por Stendhal arraigó en suelo literario francés. En 1840 editaba Jules Renouard "L'Italie confortable, Manuel du Tourist", y al publicar en 1843 Gautier su maravilloso "Voyage", por supuesto, el que hizo por España, definía su propósito como "un humble mission de touriste descriptive".

Lo notable es lo pronto que se cansó la gente de letras, y la que no lo era, de autoaplicarse el término.

Del "tor" al turismo.

Recapitulemos somerament epara determinar el grado de nuestra progresión. Se recordará que partimos de la nómada Inglaterra, sede de normas prosódicas y que a vocablos importados como "color", "labor" y otros de igual terminación somete el uso a tratamientos fonéticos que humedecen y dilatan en "our" su sílaba final. Evidentemente, esto es lo que le ocurrió al franco-normando "tor", que transformado en "tour", se proyectó en la costumbre "touring", encarnada humanamente en el "tourist". Un paso más, el postrero, y llegamos a la meta de la pequeña excursión filiológica que hemos realizado, arribando finalmente a nuestro objetivo, el turismo, una entidad abstracta que sería preciso denominar al comercializarse y burocratizarse profusamente la actividad. El vocablo escogido "turismo" supone la compolitización de un término, el "tour", que desde su natalicio había acusado fuerte vocación ecuménica.

Contemplando el fenómeno de esta manera, se manifiesta claro el orden de prelación filiológica y los eslabones de la cadena léxica se entrelazan de la siguiente manera. El acto "tour" engendra al "tourist", el actor, y de su propagación dimana la institucionalización de la actividad en su forma de "turismo".

Desde este punto de vista resultará que el turismo, tal como hoy lo entendemos, es concepto y palabra confeccionado en Francia, en país no muy viajero por vocación, pero que cuenta con una incomparable veteranía, si no en menesteres de fabricación, sí como taller de montaje y agencia distribuidora por el globo de la mayoría de los "ismos" que en el mundo han sido. El éxito obtenido en este caso queda ubícuamente reflejado por el hecho de que desde prin-

cipio de siglo es imposible transitar por el mundo sin tropezar por doquier con el término turismo adherido a ministerios, paradores, cheques, pólizas, seguros, clases económicas de transporte, y a un sinnúmero de cosas, como esta misma revista por ejemplo, que de una manera u otra deben su origen y única razón de ser a los viajes realizados con fin de sí mismos.

Son fáciles de comprender las causas de la extremadamente rápida universalización del término turismo. Indudablemente, el vocablo es uno de esos advenedizos que la Semántica moderna clasifica como "mots-témoins", que son neologismos que corresponden a nociones nuevas que aparecen en el seno de las colectividades en fases particulares de su historia. Su aceptación está en función a lo oportuno de su aparición. En este orden de cosas al vocablo turismo le pasó lo que a su compatriota fútbol. Ambos vinieron a satisfacer un deseo unánime, urgente y simultáneo de contar con un instrumento verbal de morfología suficientemente plástica para determinar de manera uniforme y común un acto social de naturaleza internacional y expansiva.

La Rusia de los treinta, convaleciente aún aquel país de las virulencias intestinas de su fiebre revolucionaria, sirvió para demostrar el fantástico poder de aclimatación del término. La denominación escogida para titular el supersoviético organismo "Intourist", entonces creado, denota los pocos escrúpulos existentes para bautizar con un rótulo así de supercapitalista el dispositivo estatal montado para la atracción y cuidadosa manipulación de extranjeros curiosos y arriesgados.

Únicamente en el orbe lingüístico alemán, confrontado el expansivo término con un concepto atávico y centrífugo del viaje foráneo, terriblemente preciso y diferenciado (Fremde-extranjero; verkehr-tráfico), el vocablo turismo, y en parte comprensiblemente, se ha mostrado hasta ahora bastante ineficaz para infiltrarse a través de la formidable barrera de consonantes que le opone su sinónimo "Fremdemverkehr".

Vicisitudes hispanas del término "turismo".

A despecho de lo que a primera vista pudiera parecer, nuestro país no se clasifica entre los postreros en importar el término, así

como de todo lo que lleva anejo el concepto. Induce al error la ausencia de estrépito en su introducción y al hecho de haber comenzado a penetrar por la periferia, como fruto que fue de iniciativas provincianas absolutamente privadas y entusiastas.

Sucedió en 1905, fecha en que por España comienza por fin a despertarse un tanto de reciprocidad hacia la curiosidad viajera foránea, como lo demuestra el que Azorín —siempre alerta y sensitivo— publicase en ese año y al filo del tercer aniversario del Quijote, un ensayo bellísimo con el título “Pequeña guía para los extranjeros que nos visitan con motivo del centenario”.

Sin embargo, es en Mallorca donde se instaura el término con toda solidez al constituirse la veterana “Sociedad del Fomento del Turismo” —entonces todavía nos conformábamos llamando fomento a la promoción—, un caso conspicuo y benemérito de madrugamiento hispánico, que en un país turísticamente receptivo como el nuestro, especialmente en aquel entonces, no es síntoma de andar rezagados del todo en la materia.

Pero lo verdaderamente interesante sería conocer, en el caso de que existan, los argumentos que esgrimieron los mallorquines para persuadir a su ilustre paisano, don Antonio Maura, presidente entonces del Consejo de Ministros, para que sometiera a firma real el Real Decreto de 6 de octubre del mismo año. Se trataba de una disposición que creaba una Comisión Nacional, presidida por el Ministro de Fomento, el conde de Romanones a la sazón, destinada “a fomentar en España, por cuantos medios están a su alcance, las excursiones artísticas y de recreo del público extranjero”.

Sin perjuicio del encanto que irradia la terminología empleada para justificar el nacimiento del nuevo organismo, señale la frase al mismo tiempo la consecución de unos objetivos, que por lo modestos, casi hubieran resultado más adecuados para definir los propósitos que sin duda animaron a la Banca Marsans en 1910 para establecer en Barcelona la primera Agencia de Viajes española.

Desde un punto de vista práctico merece importancia mínima la creación de la Comisión. No así desde un punto de vista filológico, ya que su establecimiento sirvió al menos para que la palabra “turismo” apareciera por vez primera en el “Boletín Oficial del Estado”, por cierto, una sola vez y entrecorrida, a la manera de

Standhal, y salvando, por supuesto, toda clase de distancias, como venimos tratándola nosotros mismos en el escrito presente.

Para desengaño de los seres que aún imaginan que la existencia ontológica de muchas cosas depende de su aparición o no en el "Boletín Oficial", es conveniente anotar que el término "turismo", implantado por los mallorquines en su isla de manera sumamente efectiva, en el resto de la península continuó siendo durante bastante tiempo uno bastante inédito, insólito e inoperante. Lo prueba la persistencia de nuestros traductores de tierra adentro —y sálvese quien pueda— en verter el término "turista" por viajero o cualquier otro parejo, como don Javier Sánchez Cantón, quien en lugar de "turista" —"que es feo galicismo"— proponía en 1925 el uso del término "viajador" (33).

Aún es más significativo en este lingüístico sentido que en una publicación de la Comisaría Regia del Turismo creada en 1911, y que nunca aspiró a llamarse Comisaría Regia del Viajismo, se hablara con nostalgia de "el viajador, como con expresiva palabra se llamaba a finales del siglo XVIII lo que hoy, por galicismo, llamamos turista" (34).

Aquella Regia Comisaría ejerció de una manera marcadamente selecta y minoritaria las funciones que le eran específicamente inherentes, pues se concentró en la edición de pulcros y eruditos textos sobre monumentos nuestros de alto bordo, pero su acción resultó punto menos que nula en el desempeño de otra misión, mucho más delicada, que según un periodista locuaz, bien informado por lo general, constituyó asimismo parte de su labor. De acuerdo con dicha tesis, la Comisaría resultaría creada a instancias de Canalejas para contrarrestar la fuerte propaganda política contra España desencadenada en el extranjero a causa del fusilamiento de Ferrer (35).

La cosa adoptó carices más serios y mucho más prácticos al crearse en abril de 1928, y de cara a la inauguración de las exposiciones gemelas de Sevilla y Barcelona, el Patronato Nacional del Turismo, organismo que en sus diez años de existencia demostró efectividad y dinamismo singulares. Dispuso de medios económicos considerables, ya que el Decreto fundacional se había preocupado de nutrir su presu-

(33) F. J. SÁNCHEZ CANTÓN: *Ponz*. "Revista de Occidente" núm. 24, 1925.

(34) *España, itinerarios de arte*. Comisaría Regia del Turismo, 1923.

(35) F. GARCÍA SANCHIZ: *Adiós, Madrid*. Zaragoza, 1944.

puesto con "los recursos que provengan de la creación del seguro de viajeros y de ganado vivo que se transporte por ferrocarril".

A partir de entonces, tanto el concepto "turismo" como lo que representa comenzó a disfrutar de cierta vigencia entre círculos bastante minoritarios de la Administración, al igual que entre el comercio de "souvenirs" establecido en puntos claves, así como entre la industria hotelera de pretensiones, que entonces, aunque tímidamente, inició su existencia. Sin embargo, no es menester ser un anciano para recordar la connotación menos seria que en ámbitos más vastos y representativos de nuestra nación que los reseñados mantuvo el término "turista", hasta fechas que de puro recientes es posible no están del todo periclitadas.

Grandeza y servidumbre del "turista".

Intentaremos seguidamente demostrar que de cuantas atesoramos fáci que la propiedad más desconcertante que desde un punto de vista filológico presenta el término "turista", sea la extraña actitud, abiertamente negativa, que ante la adjudicación del calificativo adopta el interesado o sujeto paciente de tal calificación. Esta reacción, por universal, clasifica al sustantivo "turista" en la familia de palabras que plantea la clase de problemas con los que se entretiene la Semántica, la facción más joven e inquisitiva de la lingüística contemporánea, preocupada y con sobra de motivos en determinar la relación exacta, frecuentemente cambiante, que los vocablos mantienen con la realidad que aspiran a representar.

Algo significa en este caso que ni siquiera en su británico solar natal gocen algunas formas verbales del concepto turismo de excesiva popularidad, y lo irónico es que suenan como galicismos en oídos ingleses.

Rebosa elocuencia, por ejemplo, en "Um no tourist" que se apresura a consignar George Borrow en los primeximos párrafos del Prefacio de su "The Bible in Spain" (1842), actitud idéntica a la que adopta el exquisito viajero y autor Robert Le Stevenson cuando bromea contra "all the ruck and rabble of British touristry" y no significa sino en el lenguaje inglés ordinario y al aludir a su viaje, lo normal es que el viajero acostumbre admitir, solo sumo, "I went as tourist". Es, es decir, que fue de o como turista, adistingo que denuncia cierta

preocupación en establecer distancias entre el calificativo y su persona. No otra interpretación merece el matizar que se viajó haciendo de lo que en puridad no se era, o en casos inevitables de lo que no se quiso ser.

Postura tan peculiar encuentra reflejo en los organismos ingleses y americanos relacionados con el turismo, donde si bien no hay nada lingüístico ni social en contra del "tour" y del "touring", que tienen un contenido deshumanizado y funcional, ocurren cosas muy diferentes en el autoempleo de sus derivados "tourism" y "tourist", trances en los que se sale del paso recurriendo al uso de los términos "travel" o "traveller".

Cosa bastante similar sucede en Francia, no obstante haber servido su cosmopolita suelo de plataforma de lanzamiento del término "turismo" al espacio lingüístico universal. Tampoco se registraron allí apresuramientos de ninguna especie para adoptar el vocablo turista como cosa propia otorgándole marchamo oficial. La Academia Francesa no se decidió a expedirle carta de naturaleza francesa al término "touriste" hasta 1878, y, por supuesto, como neologismo.

Es también significativo que tuvo que ser bajo exótica bandera y con ciertas pretensiones de genialidad como se instauró el término en las instituciones turísticas francesas. La operación fue llevada a cabo en 1890 por un grupo de audaces ciclistas —en aquel tiempo el ciclismo como peripécia era equiparable a la pesca submarina o a los saltos deportivos en paracaídas de hoy— quienes copiaron el "Cyclist's Touring Club" londinense, bajo el nombre del "Touring Club de France", núcleo de la gigantesca organización francesa del viaje que tan poco tiene que ver hoy con la bicicleta.

Todavía más reticente que "l'Académie" se comportó en la ocasión institución de la incalculable autoridad del Littré en cuestiones del lenguaje francés. En el tomo séptimo de su edición de 1963, al aludir al ente generoso que de manera deliciosamente despreocupada se encarga de la nivelación de tanta balanza de pagos, aún continuaba cualificando el influyente texto a su insípida definición del "touriste" con la siguiente salvedad adicional: "Se dit surtout des voyageurs anglais en France, en Suisse et en Italie". Podría haber añadido impunemente "et en l'Andalousie", pues en este respecto la coincidencia del Littré con la bética parla es total, ya que "ingleses" denominan aún por muchos lugares de aquella región, e independientemente de

su lugar de origen, a cuanto turista penetra en el campo de tiro de la guasa andaluza.

Es indudable que el fenómeno nos confronta con una enojosa anomalía. Por un lado, tenemos a las estadísticas, que no se cansan anualmente de demostrar, y cada vez con mayor insistencia, lo difícil que es hoy en día para nadie vivir pasablemente bien y permanecer exento de ser clasificado como turista a nada que se distancie de su domicilio. A pesar de ello, un oído atento garantiza poder definirlo con justicia como sinónimo de prójimo, es decir, como lo que uno no es, ni tiene el menor deseo de ser. Parece, por tanto, que la palabra integra uno de esos "res nullius" verbales, a cuya equívoca familia pertenecen el pelmazo, el gafe, el excéntrico y el snob, constituyendo en consecuencia el apelativo turista una de esas curiosas entelequias de sustancia y fisonomía muy precisas, y de indudable existencia en la realidad, pero un tanto en el aire, puesto que nadie admite mantener personalmente el menor contacto con el dichoso vocablo.

Obtiénese demostración cumplida del aserto anterior percibiendo que así como es frecuente tropezarnos a cada paso con individuos que sin el menor reparo reconocen su condición de pescadores, alpinistas, filatélicos, madridistas, flamenquistas, teledividentes o merecedores de cualquier otra denominación expresiva de actividades a las que las personas dedican ocasionalmente y con gusto su ocio, raro será quien haya oído a nadie autodenominarse turista, a despecho del atractivo y universalidad de la práctica del viaje de placer.

Toda palabra sustantivada, además de su forma y contenido, lleva adscrito un valor que le es también propio. Compárese palacio con choza y divertido con aburrido. En este sentido subjetivo, y por tanto cambiante, es francamente bajo el actual rango social del vocablo "turista" en la jerarquía de las estimaciones, sin que sean difíciles de identificar los responsables del descrédito en que yace el uso más noble de la palabra.

Por lo general, son seres que de manera directa o indirecta están relacionados con él, ámbito en el que normalmente, y apurando la cosa, hoy queda comprendido por mor de lo económico el censo íntegro de la mayoría de las naciones. Los culpables principales son las ínfulas snobs del viajero literato y la socarronería de los que de manera pasiva y sedentaria se benefician del turismo, quienes acostumbran a escoger al "turista" en abstracto como blanco fácil para sus todavía más fáciles puyitas.

Evidentemente, el vocablo, como tal, precisa de una rehabilitación social y semántica, que de paso le cure de la "polysemia" que padece, dolencia lingüística, pocas veces congénita, que algunas palabras tienen la desgracia de contraer al asignarlas un uso imperfecto varios sentidos y significados.

Síntoma expresivo del achaque es que según se use la palabra en países exportadores de turismo o receptivo, evoque dos tipos diferentes de imágenes mentales en el oyente. Lo malo es que las dos son peyorativas, como se desprende al observar lo poco apetecible que resulta para nadie el incómodo sitio que entre sí dejan libre ambas acepciones.

En el primero de los supuestos, parece que la raíz de la prevención se alimenta de que el turista, como tal, ha sido tipificado por sus convecinos como un babicón apresurado que se desplaza impulsado por un entusiasmo gregario y bobalicón. Semejante estereotipo, lo define como sujeto pasivo e inconsciente de una pingüe actividad lucrativa en favor de quienes manipulan su atolondrada curiosidad.

En cuanto a la imagen que el manejo del término provoca en mentes domiciliadas en latitudes por generaciones turísticamente receptoras, como Cádiz y Jerez, por ejemplo, viene al caso la caracterización que del turista, y con acierto y gracia que le son habituales, configura don José María Pemán al indicar que "es una especie extraña, millonaria y ligeramente inculta y amoral".

De lo que se deduce que el repudio subjetivo que sufre el término "turista" en donde más salen quienes con tal nombre son bautizados encuentra complemento en el desdén que recibe hacia donde encamina sus pasos. Reconoceremos que en condiciones tales, sobran justificaciones para que la cosa significada se rebele contra el significado, escurra el bulto lo mejor que pueda y se origine así un vacío conceptual y un conflicto semántico entre el par de términos de la ecuación que sostiene la vigencia sana e integral de todo vocablo.

Es de temer que nos las hayamos con un problema en cuya solución ha de influir muy poco favorablemente el hecho de que los dos polos de la refracción actúan en función de las densas dosis de exotividad que impregnan el vocablo desde el momento de su natalicio.

Semánticamente, exótico es pariente próximo de excéntrico, y la asignación del calificativo a un sujeto, lo empadrona automáticamente extramuros de lo familiar y común. Queda encasillado en una especie de limbo conceptual, en el que quien ingresa —o lo introducen—

merma su identidad nacional, y por ende la personal, emulsionándose en una colectividad, amorfa, epicena, inestable y apátrida, y por si fuera poca desdicha, lucrable de propina.

Parece, pues, ineluctable la conclusión a que impulsan las consideraciones expuestas. Con arreglo a ellas, el "turista" es un ente léxico víctima de una conjunción de significados contrapuestos que prácticamente le han vaciado de sustancia y corporeidad. Es un término apto para adjetivar ingresos en erarios nacionales, para aludir a grupos y personas que transitan distantes de nuestro yo, para rotular partidas estadísticas, ministerios y otras abstracciones afines, pero como sustantivo, adherido a seres humanos, es término que circula condenado al triste destino de figurar en la frase en tercera persona, como "el judío errante", otra expresión transeúnte, tarado de una ajenidad que le invalida por completo para merecer derecho de ciudadanía en país o conciencia alguna.

Como a pesar de todo no hay duda de que existe en carne y hueso lo que el término significa, confiamos en que nos haya leído algún turista auténtico, confeso y de buena fe, a quien le sirva de consuelo pensar que en las naciones modernas y que se respeten, así como en las que aspiran a hacerse respetar, no existe hoy por hoy presencia humana más ansiada que la suya.

RESUME

LUIS LAVAU: *Glossaire historique du terme tourisme.*

L'axe du présent essai est une analyse philologique du terme "tourisme" et les connexions du concept avec l'histoire du voyage. Suivant la thèse de l'auteur, "tourisme" comme mot a été extrêmement voyageur. Ses premiers vestiges se trouvent en territoire et langue anglais, où la première racine du vocable, l'ancien verbe français "tor" ("tourner autour") croisa le canal au XI^{ème} siècle avec l'invasion normande.

C'est au XVI^{ème} siècle que "tour" est appliqué en Angleterre aux voyages culturels et de plaisir au continent européen, d'où provient le terme de "Grand Tour". La deuxième phase est son évolution dans le terme "touriste" (deuxième moitié du XVIII^{ème} siècle), qui, comme néologisme passe au français au commencement du siècle suivant. Finalement, à la fin du XIX^{ème} siècle, c'est en France où le terme "tourisme" est intronisé et d'où il se répand sur presque toutes les langues du monde.

SUMMARY

LUIS LAVAU: *Historical survey on the term "tourism".*

The essay's real core is a philological analysis of the term "tourism", and its connections with the Story of Travel. According to the author thesis, "Tourism" as a word has been a widely traveled one.

Its first steps are to be found in british soie and language, where its remote root, an archaic french verb, tor (to turn around) crossed the channel, in the XI century, along with the norman invaders.

It is in the XVI century when as "tour" is applied in England to cultural and pleasure travel to the Continent, whence the "Grand Tour". Next stage is its evolution into the term "tourist" (second half of the XVIII) which as a neologism gets into the French language at the beginning of the following century. Finally, late nineteen century, it is in France where the term tourism enthrones itself and spreads over just about all world's languages.

ZUSAMMENFASSUNG

LUIS LAVAU: *Historische Glossen über den Fremdenverkehr.*

Vorliegender Aufsatz dreht sich um eine philologische Untersuchung des Begriff "Tourismus" und die Zusammenhänge mit der Geschichte des Reisewesens. Laut der These des Verfassers ist der "Tourismus" im äussersten auf Reisen gemünzt. Ihre ersten Spuren sind auf englischem Boden und in der englischen Sprache zu finden, wo die erstgeborene Wurzel der Vokabel, das französische arcaische Verb "tor", ("eine Drehung um etwas"), den Armelekanal im XI. Jahrhundert mit der normannischen Invasion kreuzte.

Im Jahrhundert XVI, als man in England das Wort "Tour" für kulturelle und Vergnügungsreisen zum europäischen Kontinent anwandte, entstand die Gewohnheit, den Ausdruck der "Grand Tour" zu gebrauchen. Die zweite Phase ist die Umbildung zum Ausdruck "Tourist" (zweite Hälfte des Jahrhunderts XVIII), welcher, als Neologismus, zu Beginn des darauffolgender Jahrhunderts ins Französische hinüberwechselt. Und schliesslich, zu Ende des XIX. Jahrhunderts, ist es in Frankreich, wo der Ausdruck "Tourismus" sich behauptet, und von wo aus er auf fast alle Sprachen der Welt übergeht.